

FERNANDO DE MONTIS

LEYENDAS CORDOBESAS

R. 17111

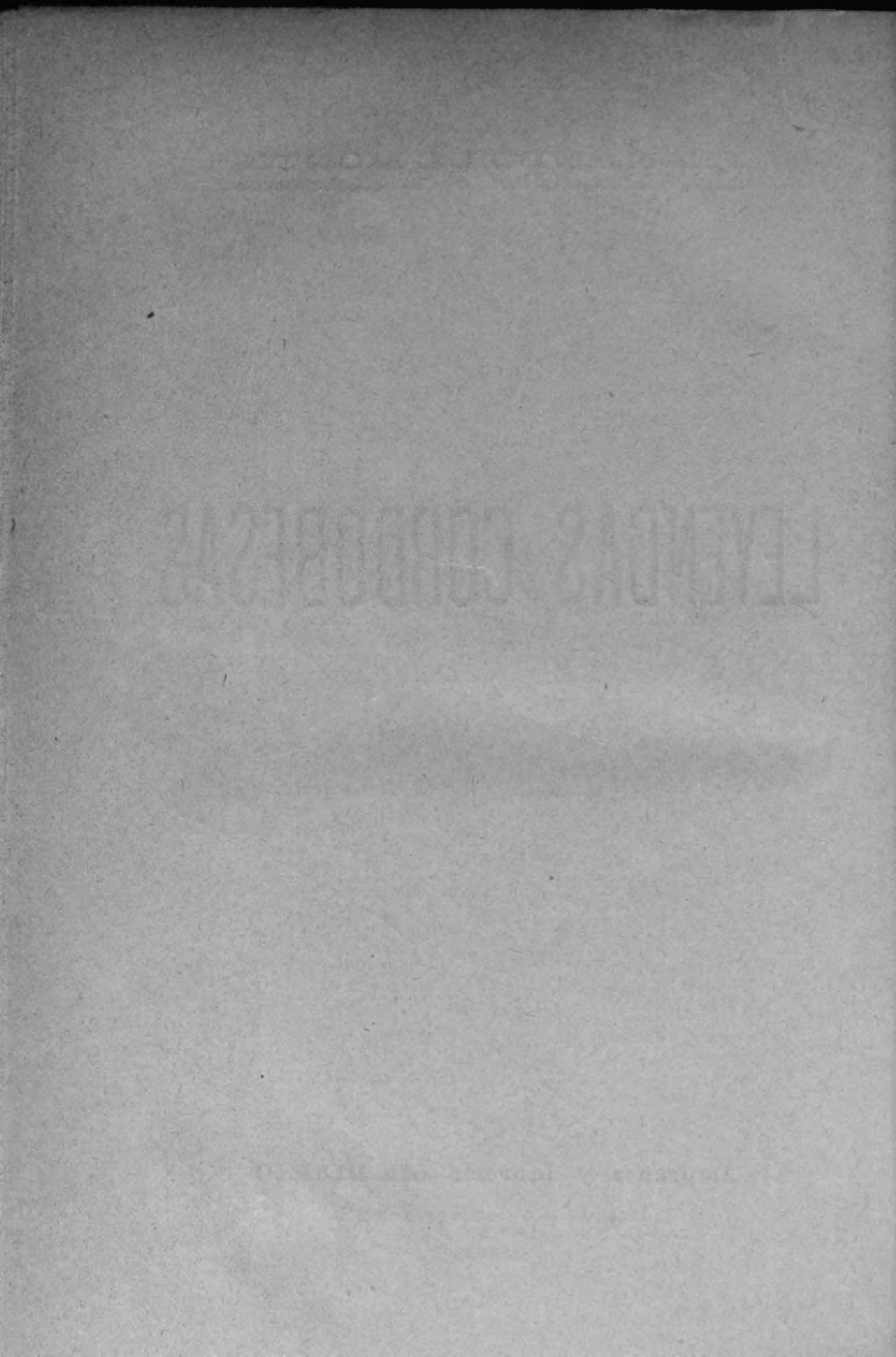
CORDOBA

Imprenta y Librería del **DIARIO**

Letrados, 18 y San Fernando, 34.

1898

R-1424



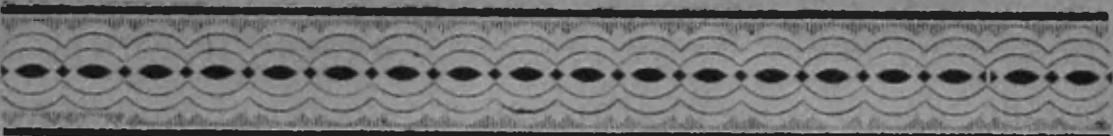
CUATRO PALABRAS

De un divertimento puede resultar á veces una enseñanza. A mi afición á los recreos venatorios, débese el que hoy salgan á luz estas tradiciones, desconocidas por la generalidad y á las que denomino LEYENDAS, por la forma de su relato.

El afán de investigar el origen de cuantos nombres y cosas interesan mi atención, no podía hacerme indiferente ante lo que pudo excitar me la curiosidad en muchas de mis campes- tres expediciones.

Trabajo y tiempo me ha costado adquirir las noticias que deseaba para conocer los hechos que expongo; pero además de no haber dejado de favorecerme la paciencia, he contado con la ayuda de algunas personas ancianas conocedoras de los sitios y lugares, las que me han facilitado importantísimos datos conservados por ellas tradicionalmente, al través de los años y aun de los siglos.

Con tales elementos, he podido escribir y coleccionar las seis leyendas que contiene este volumen que doy al público, al que no tardará en seguir otro, si así lo exigen las circunstancias y los resultados.



EL MENTIDERO

I

LA luz de la aurora había disipado por completo las sombras de la noche y el primer rayo de sol doraba las mas elevadas cumbres de Sierra Morena.

Las aves saludaban el naciente día con melodiosos gorjeos, las plantas comenzaban á recojer en sus hojas las brillantes perlas que formaba el rocío, y la naturaleza toda, al despertar nuevamente de su pasado sueño, dejaba oir en agradable concierto los alegres rumores de la mañana.

En la meseta de un cerro que se levanta en el límite divisorio de tres vastas propiedades (1) y en un raso rodeado de añosas encinas, veíanse sentados sobre gruesas piedras cuatro hombres de aspecto rudo, que fumaban conversando tranquilamente, en tanto que el

(1) Las nombradas *Cigarra alta*, *Dehesilla* y *Villalobillos*, en el término municipal de Almodóvar del Río.

ganado, de que eran guardianes, dejaba oír el monótono sonido de los cencerros y esquilas, á cada movimiento en busca de la mas fina yerba nacida en las laderas y cañadas inmediatas.

* * *

—Mucho tarda hoy Miguel; decía el de mas edad de los cuatro, poniéndose la mano por encima de los ojos como para recojer mas la vista que dirijia hacia el horizonte; ya vá una hora de sol y aun no se divisan sus vacas.

—Las habrá careado hacia el arroyo de Guadrroman y no vendrán por aquí hasta el medio dia; contestó otro, como de treinta años, de rostro simpático y aire bonachon.

—No, Pedro, replicó el mas jóven de los cuatro; el careo de la mañana es siempre á este lado como cosa convenida. Si Miguel no viene, será porque se habrá quedado dormido: cuando se pasa la noche en vela...

—¿Y qué tiene que hacer de noche? preguntó Pedro.

—Yo no lo sé de cierto, tal vez cuestión de amorios...

—¿Amorios? dijo el de mas edad; eso no puede ser porque no hay ninguna moza soltera en los contornos.

—Pero las hay casadas y jóvenes, y pudiera...

—Cállate Juanillo, y no digas tonterías.

—¡Tonterías! lo que sé, es que lo he visto algunas noches y ésta pasada también, atravesar por la vereda de los jarales en dirección á Fuenreal. ¿No es verdad, José? Tú que vives por allí, quizá lo hayas visto como

yo: dijo Juanillo dirigiéndose con cierta intención al último de los ganaderos, que era un joven de veinte y cinco años, de ceño adusto y callado hasta el extremo de no decir nunca tres palabras seguidas.

El interpelado lanzó en torno una mirada sombría, pero su boca permaneció muda y solo un ligero estremecimiento contenido por una firme voluntad, reveló el efecto que había producido en su ánimo lo que acababa de decir Juanillo.

—Por allí viene Miguel! gritó Pedro, señalando con la mano un lugar distante; ya veo sus vacas aparecer por los claros del monte, pero todavía está muy lejos.

—Pues ya no podemos aguardarlo; dijo el mas viejo: se hace tarde y tenemos que dar la vuelta con el ganado. Conque á la paz de Dios y hasta mañana.

—Hasta mañana! contestaron todos, retirándose cada cual por su lado.

* * *

Cuando José se halló solo y apartado de sus compañeros, sentóse al pié de una encina quedando en actitud meditabunda, sin cuidarse de enjugar dos gruesas lágrimas que deslizándose por sus mejillas vinieron á estrellarse en sus manos.

Las palabras del mal intencionado Juanillo, habían causado profunda impresión en su alma, presa á la vez de diferentes sentimientos de amor, de tristeza, de odio y de venganza.

Casado hacía pocos meses con una bella y honrada joven, guardaba en su pecho todo el amor de que es ca-

paz un corazón apasionado. Ella por su parte le correspondía con igual ternura y en vano Juanillo, prendado de su belleza, había intentado varias veces hablar á solas con la mujer de su amigo, la cual esquivando siempre la ocasión, llegó á destruir toda esperanza de realizar tan codiciada entrevista.

Pero el desdeñado amante, mal aconsejado por su despecho, con ánimo sin duda de atormentar al dichoso marido, ó con dañado propósito de alterar la paz conyugal, aprovechó la ocasión de introducir el veneno de los celos en el corazón de aquél, sembrando una sospecha, tanto mas aparentemente fundada, cuanto que era cierto que Miguel pasaba casi todas las noches por Fuenrreal.

José lo había visto atravesar el monte á deshora, cuando salía á dar vuelta á su ganado y ninguna idea alarmante había preocupado su atención; pero ya era otra cosa; la sospecha había penetrado en su pecho y los efectos de su daño habrían de ser inevitables.

Por eso al dirigirse con su ganado al centro de la dehesa, al cabo de dos horas de dolorosa y profunda meditación, su rostro estaba sombrío y en su mirada siniestra, leíase el firme propósito de una decidida resolución.

*
* *

La mañana era húmeda y fría y las espesas nubes que entoldaban el cielo, amenazaban una próxima lluvia, iniciada ya por algunas gotas que se sentían caer con frecuente intermitencia.

Cubiertos con sus gruesos capotes cordobeses, se hallaban como de costumbre, en el cerro de las encinas, los cuatro ganaderos: mas esta vez, su actitud callada y la tristeza que revelaban sus semblantes, eran síntomas seguros de una ocurrida desgracia.

—Pero vamos á ver, tío Jeromo, preguntó Juanillo interrumpiendo el silencio y dirigiéndose á él de mas edad de sus compañeros: ¿Usted lo miró bien y está seguro de que no tenía su cuerpo señal alguna que indicase haber muerto de otra manera?

—¿Qué quieres decir? Acaso tu crees....

—Digo, que á eso como á las diez de la noche, se oyó un tiro que sonó por el lado de la vereda de los Jarales, hacia el sitio en que dice V. se ha encontrado muerto el pobre de Miguel.

—No es extraño, porque su escopeta estaba allí descargada, y es, que sin duda, al ser acometido por los lobos, trataría de defenderse y la disparó contra ellos, por mas que no consiguiera herir á ninguno.

—En casos como ese, dijo Pedro, de nada le hubiera servido matar uno ú dos de tan feroces animales; los demás le habrían destrozado lo mismo.

—Ya lo creo. ¡Y que estaba bien destrozado! Continuó el tío Jeromo. Cuando me avisó el muchacho de la casera de la *Huerta de los Idolos*, de que había un hombre muerto, fui al sitio y apenas pude reconocerlo por las ropas que tenía hechas pedazos, hallándose su cuerpo casi completamente comido.

—¿Y qué hizo usted?

—Pues fui á Almodóvar en seguida y dí cono-

cimiento al señor Alcalde, que mandó recoger los restos de nuestro amigo. Pero lo que mas me entristeció de todo, fué el sentimiento de una moza del pueblo, la cual al saber la noticia de la desgracia, se puso como loca, hasta el extremo de haber querido matarse, lo que no pudo conseguir, porque los que nos hallábamos cerca se lo impedimos. Según parece, era novia de Miguel y por eso iba él al pueblo casi todas las noches, hasta que le ha costado la vida.

—¿Es de verdad eso, tío Jeromo? ¿Salía Miguel todas las noches para ver á su novia? preguntó José, que al oír las últimas palabras del ganadero, habia sido presa de una violenta emoción.

—Y tan verdad, como que ya no hay nadie en el pueblo que lo ignore, por más que antes habian permanecido ocultos esos amoríos, por temor á los padres de la muchacha.

—El caso es, interrumpió Juanillo, que hemos perdido un compañero.

—Y si bien se considera, añadió Pedro, por causa de una muger, aunque parezca otra cosa. ¡Pobre Miguel!

—¡Pobre Miguel! exclamaron Juanillo y el tío Jeromo.

—¿Y tu, no dices nada? preguntó éste último á José.

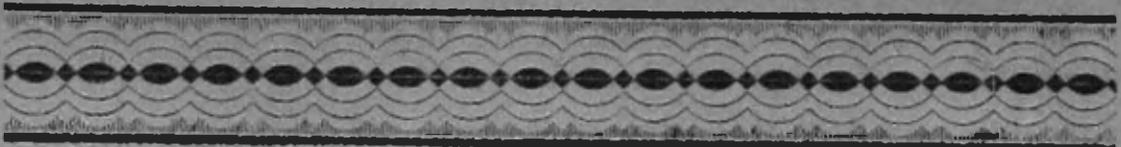
—Lo que digo, es, contestó con voz ronca, que ésto, mas bien que una reunión de amigos, es un *mentidero* que nos acarrea la desgracia.

Y volviendo la espalda, echó á andar por la lade-

ra abajo, no sin dirigir antes una mirada indefinible á Juanillo, el cual bajando la vista, comenzó á su vez á descender por el lado opuesto sin decir ni una palabra.

—Vaya, están locos, pensaron los dos compañeros que quedaban, y despidiéndose ambos, marcharon con sus respectivos ganados.

Desde entonces, no han vuelto á reunirse en el cerro de las encinas, que en adelante se llamó del *Mentidero*.



EL SALTO DEL FRAILE

II

HACE muchos años, cuando las fuerzas de la juventud sostenían el vigor de mi cuerpo y las ilusiones de la esperanza daban alegría á mi espíritu, marchaba yo una tarde en compañía de un criado, ambos á pie, por la orilla izquierda del Guadiato, á unos siete ú ocho kilómetros próximamente de la villa de Almodóvar del Rio.

Era mi objeto, cazar la perdiz con reclamo macho y por primera vez iba, como dicen en lenguaje técnico los aficionados, á *colgar* en un sitio famoso y de obligada *querencia*.

Con tal motivo, deseoso de disfrutar cuanto antes de la diversión que me prometía, aligeraba el paso por una vereda áspera y desigual que seguía sinuosamente á lo largo de la escarpada orilla del rio.

Pronto llegamos á un sitio en que las aguas enca-

jonadas por dos elevadas cortaduras, corrían al parecer tranquilamente ofreciendo á la vista una superficie tersa á algunos pies de profundidad. Una enorme roca, cuyo plano horizontal cortado en el centro, tendía como á unir por la parte alta ambas orillas, y tajada por uno y otro lado hasta la margen de las aguas, dejaba un espacio vacío como de metro y medio de distancia, hacía suponer con no escaso fundamento, que tal vez en tiempos antiquísimos habría podido constituir un seguro puente natural.

Por esta circunstancia y por ser uno de los lugares mas pintorescos que habia contemplado hasta entonces, causome mucha admiración y me hizo suspender el paso durante algunos minutos.

—Este es el *Salto del fraile*; me dijo el criado que me acompañaba al considerar mi sorpresa.

—¿Y por qué 'e lleman así? le pregunté, esperando escuchar alguna narración que justificase tan significativo nombre.

—No lo sé, me contestó; quizá haya saltado por ahí algun fraile de los antiguos. Yo siempre he oido llamar así este sitio, pero nadie me ha explicado el por qué.

Nada pude averiguar por entonces, lo obstante mis reiteradas preguntas á todos los habitantes del contorno. Algunos años despues, en el pueblo de Almodóvar, hallé ocasión de saber el origen de un nombre que tanto deseo tenia de conocer.

Hé aquí la historia:

* * *

Era una hermosa noche de verano. La luna que solo ostentaba visible la mitad de su disco, brillaba con ténue luz iluminando los montes de una manera fantástica y la fresca brisa ausente durante el caluroso día, saltaba juguetona por entre las retamas y los lentiscos besando al pasar sus delgadas y menudas hojas.

Sentados en un banco, á corta distancia de la puerta de un grande y hermoso cacerio, se hallaban dos hombres conversando en voz baja, á la vez que disfrutaban de la agradable temperatura que se sentía en las primeras horas de la noche. Joven era el uno, como de veinte años de edad y aún cuando el otro no era viejo, frisaba ya en los cincuenta, siendo ambos fuertes y robustos, como todos aquellos que se ocupan constantemente en las rudas faenas del campo.

La actitud de los dos y la grave espresión de sus rostros, manifestaban claramente ser de sumo interés el asunto que los ocupaba.

—¿Conque es verdad lo que me dices? preguntaba el de mas edad, como dudando de lo que el otro le acababa de referir.

—Sí, tío, y tan verdad, que ayer me lo dijo José el hijo del guarda, que les sorprendió anteanoche, cuando pasó por aquí en busca de una yegua que se le habia estraviado, y además, esta misma mañana, al acabarse la fiesta de la Virgen, oí yo...

—¿Qué oíste?

—Verá usted; estaba en un rincon de la iglesia cerca de la puerta de la sacristía, cuando pasó mi prima sin verme, y al pasar, salió el padre Andrés y le dijo: «No

te olvides que voy esta noche». y ella le contestó, «Bueno, le aguardaré.» Y mire usted, tío Pedro, me dió una cosa cuando lo oí, que á no ser porque estaba en un lugar santo... Cada vez que pienso en que la causa de que no me quiera mi prima Rosalía, és ese maldito fraile, me dan ganas de ir á Almodovar y...

—Sosiégate, Juanillo, que yá ves que á mí me toca mas de cerca el dano de mi hija, y tengo calma para poder pensar en los medios del castigo. ¿Tu dices que vá á venir esta noche?

—Yá sabe usted que ha quedado así convenido entre él y mi prima.

—Pues bien, es preciso hacer un escarmiento con el fraile y es menester que tu me ayudes en la empresa. ¿Puedo contar contigo?

—Para todo lo que usted quiera.

—Pues entonces, escucha:

Ambos siguieron hablando en voz baja por algún tiempo y luego penetraron en la casa, de donde salieron al cabo de una hora con las mayores precauciones y silencio, perdiéndose en la sombra de un próximo grupo de encinas.

* * *

Habia trascurrido la mitad de la noche, y la luna descendía lentamente para ir á ocultarse tras las lejanas cumbres, marcando su huella de fosfóricos reflejos sobre las recortadas copas de los pinos y las mas elevadas rocas de las montañas.

Las sombras iban extendiendo poco á poco sus dominios, ofreciendo campo seguro á los tímidos conejos

contra las crueles asechanzas de sus mortales enemigos, y el silencio de la dormida naturaleza solo era turbado por el monótono grito del buho y del chotacabras y por los lejanos rumores del río.

Por un camino estrecho y desigual que atravesaba por medio del monte dividiendo la espesura de los jarales, marchaba á pié con dirección al caserío de que se ha hecho referencia, un hombre como de treinta años, alto de estatura y de miembros robustos al parecer, según demostraba la soltura de sus movimientos y la seguridad y ligereza de su paso, pues nada dejaba ver el encapuchado sayal de los frailes, con que iba cubierto.

El padre Andrés, pues era el mismo, á medida que aceleraba su marcha al travez de las breñas y peñascales, abstraíase su pensamiento con la proximidad de la dicha presente, recordando con alegría y con todos sus detalles, el proceso de una amorosa aventura que tan fácilmente había conseguido realizar.

Joven, de temperamento ardiente y apasionado, y de un talento natural nada comun que supo robustecer con el estudio, el padre Andrés hubiera podido brillar en la sociedad alcanzando en ella un distinguido puesto, si la desgracia de su pobreza y la protección ofrecida por un pariente, prior del convento de los Gerónimos, no le hubiera obligado á ingresar en dicha orden, abrazando el estado eclesiástico.

Desde luego, dado su carácter, logró sobresalir por sus dotes oratorias y pronto adquirió fama de elocuente predicador, con especialidad entre las mujeres, para quienes empleaba en sus sermones por medio de su fá-

cil palabra, todos los resortes necesarios á despertar en ellas la vida de los sentidos, rodeada de místicos apasionamientos, consiguiendo de todas las mas caras simpatías y de algunas los mas señalados favores.

Un día fué llamado para predicar el sermón en la fiesta de la Virgen del Rosario que se celebra en Almodóvar, y allí, como en todas partes, fué el ídolo de las viejas y de las mozas. Rosalía, que era una muchacha de diez y ocho años, de una hermosura no vulgar y de un alma sensible y cándida, oyó al padre Andrés, fijó sus ojos llena de admiración en aquel rostro varonil de expresiva belleza, y su entusiasmo llegó hasta el punto de enamorarse de un hombre, que tan bien sabía comprender y expresar los sentimientos del corazón. En tal disposición de ánimo, sucedió lo que no podía por menos de suceder: Rosalía y el padre Andrés se entendieron y empezó para ellos una série de dichas realizadas en citas misteriosas, que fueron bastante frecuentes durante un año que sostenían ya la intimidad de sus relaciones.

Todo esto, traducido en reflexiones amorosas que sintetizaban el apasionado carácter del fraile, el cual sentía los efectos de su naturaleza de hombre, absorbía por completo su imaginación y le impulsaba á apresurar la marcha por un poderoso instinto hacia el goce anhelado, siguiendo con rapidez cada vez mayor, en la soledad de la noche y á aquella hora, para llegar al logro de su mas ardiente deseo.

Ya hacía bastante tiempo que caminaba así, atravesando montes y collados, y tan cerca estaba del término de su jornada, que percibía el caserío blanquear en

medio de la espesura, cuando al entrar en un bosquecillo de encinas que cortaba la vereda, sintiose cogido de pronto de ambos brazos por la espalda, mientras que al frente vio brillar la hoja de un cuchillo y oyó una voz que dijo con reconcentrado acento:

—¡Vas á morir!

* * *

El padre Andrés no dió un solo grito. Repuesto instantáneamente de su sorpresa é impulsado por el instinto de conservación, consiguió desprenderse del que lo sujetaba por medio de un vigoroso esfuerzo, y echó á correr por el monte, tratando de librarse del inminente peligro que amenazaba su vida, pues de sobra había él comprendido por las personas que intentaron asesinarle, no haber lugar á esperar de ellas misericordia.

—Llama á los perros, Juanillo, y pónlos en la pista del fraile, mientras tanto lo sigo yo, á fin de que no se nos escape; dijo el tío Pedro, y emprendió la carrera, superior á la agilidad que sus años le permitían, sin conseguir otra ventaja que mantenerse siempre á la misma respetable distancia del que era objeto de su persecución.

Ambos continuaron de este modo, salvando cerros y cañadas y atravesando por mitad de las jaras y de los espinos, por las peñas y por los arroyos.

El padre Andrés, á quien estorbaban los hábitos para la carrera, que había sostenido hasta entonces, gracias á su vigor natural y al miedo de sucumbir, estaba ya rendido, sintiendo flaquear sus piernas, y érale

imposible continuar por mas tiempo en un ejercicio tan violento, cuando logró perder de vista á su perseguidor, por haberse internado en un espesísimo breñal que lo ocultaba á sus ojos.

En tal disposición, trató de cobrar alientos y se dejó caer al pié de una madroñera, dando tregua á la fatiga que le agobiaba, limpiándose con la punta del sayal el copiosísimo sudor que inundaba su frente.

La luna se había ocultado por completo y aunque las estrellas palidecían ante el primer anuncio de la alborada, profunda oscuridad, producida por las sombras del bosque, reinaba en torno del asarado fugitivo, el cual, con el oído atento, solo escuchaba próxima y distintamente los sordos rumores de las aguas del Guadiato.

—¡Podré, al fin, librarme, Dios mío! pensó, alentado por un rayo de esperanza.

—Anda, Juanillo, en ese matorral se ha metido y no se escapará: gritó de pronto una voz. Haz que los perros busquen, que no ha podido irse porque el rio le sirve de barrera.

—¡Aquí, León! ¡Busca, Loba! ¡Sus, adelante! se oyó contestar, é inmediatamente se sintió el monte crujir al impulso de aquellos nuevos perseguidores, contra los cuales no cabía astucia posible.

El fraile se puso en pié por un movimiento instantáneo y emprendió de nuevo la carrera por medio de los matorrales, llegando á la escarpada orilla del rio y siguiéndola á favor de la corriente sin hallar sitio vadeable.

Detras de sí, sentía el movimiento de las malezas

que agitaban al pasar el León y la Loba, cuya proximidad era cada vez mayor, y escuchaba las voces de Juanillo y del tío Pedro, que animaban á los perros á seguir la pista.

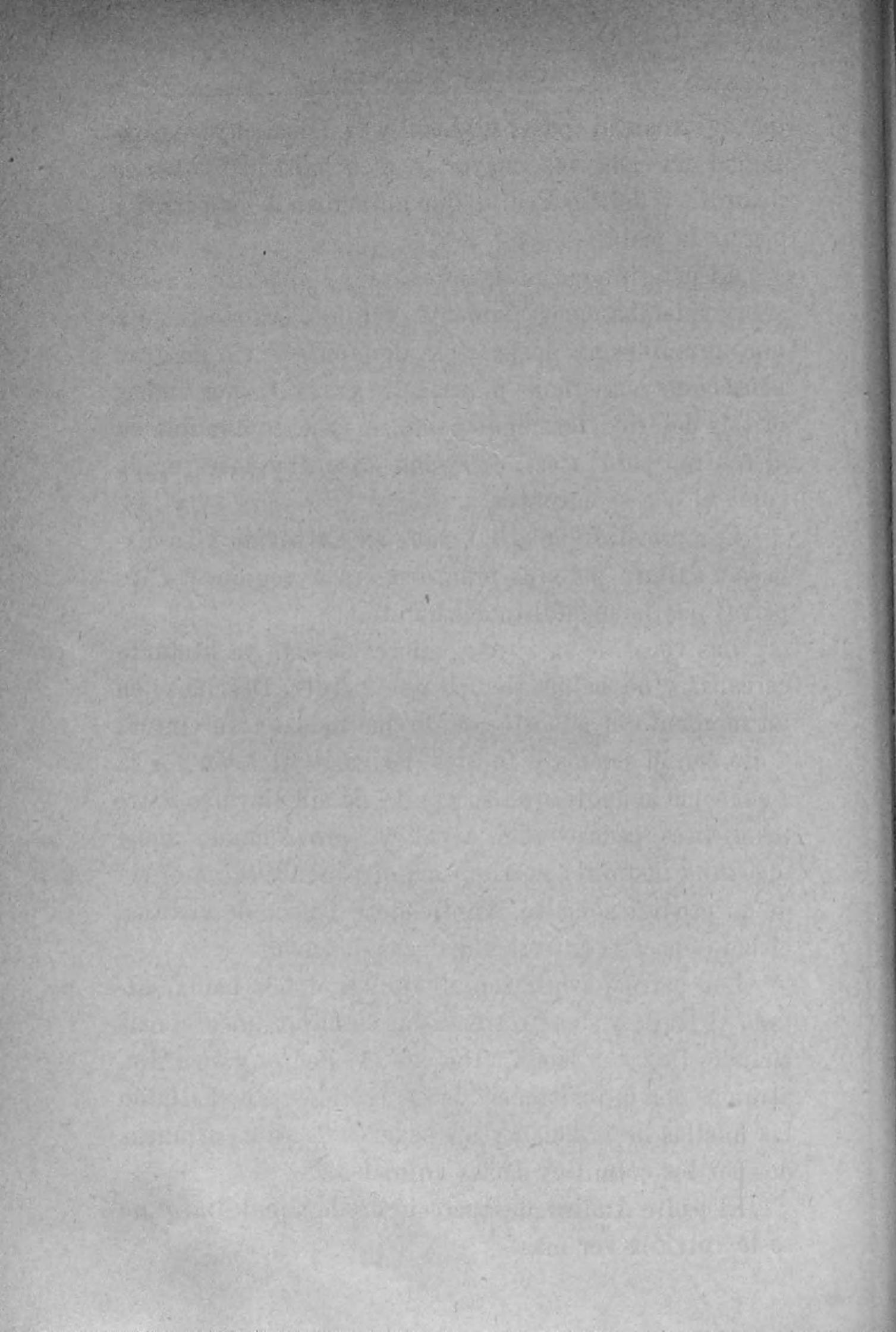
El peligro era, pues, inminente, y el padre Andrés se consideraba completamente perdido, cuando llegó á una prominencia desprovista de monte y vió un gran peñasco de superficie plana, que avanzaba por ambas orillas del rio, formando como un puente hundido en el centro, pero accesible en un caso tan desesperado como el que se encontraba.

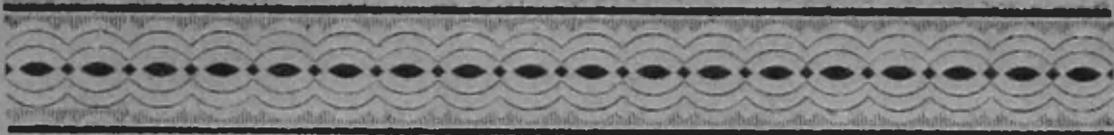
Comprendió que allí estaba su salvación y se dispuso á saltar, pero de pronto se sintió cogido por los perros que lo sugetaban del hábito.

Las voces de sus perseguidores se oían ya bastante cercanas y no había tiempo que perder. Desciñose en un momento el nudoso cordon que rodeaba su cintura y dió con él sendos y fuertes latigazos al León y á la Loba, que abandonaron su presa, no sin llevarse entre los dientes pedazos del sayal; y aprovechando aquel oportuno instante, corrió hacia el peñón y salvó el rio de un prodigioso salto, perdiéndose á poco de vista en el lado opuesto, entre las malezas del monte.

Los perros avanzaron al rio por donde había saltado el fraile y comenzaron á ladrar furiosamente; mas cuando llegaron hasta ellos el tío Pedro y Juanillo, atraídos por la insistencia de sus ladridos, solo hallaron las huellas de la huida y los pedazos de paño arrancados por los colmillos de los animales.

El padre Andrés desapareció desde aquel día, y no se le volvió á ver mas.





EL BAÑO DE LA REINA MORA

III

ENCANTADORA Radhia (1), bellísima hurí creada en mis sueños de amor al contemplar en la delirante fantasía los poéticos *raudhas* (2) del Paraiso donde moran los espíritus de los buenos creyentes; la amante pasión que me ha inspirado tu hermosura, enloquece mis sentidos y esclaviza mi vida en tus brazos como único bien de suprema felicidad.

—Amante dueño mío: no sé tu nombre, que me ocultas desde que hace días vienes á la hora del baño para dirigirme palabras de amor, que oigo como dulce música del cielo. No adivino cómo habrás sobornado á mis esclavos para que te dejen penetrar hasta aquí; pero siente mi corazón inefable alegría cuando estás en mi presencia, que no sentí nunca siendo amada por el

(1) La que recrea con la vista.

(2) Jardines.

Emir Alhacam. Yo experimento dicha infinita al contemplarme en tus ojos y beber en tus labios el filtro embriagador que provoca los ensueños mas deleitosos. No sé quién eres, mas tambien comprendo que perteneces á las nobles razas que acaudillan las valerosas huestes y las conducen á la victoria. El corazón me dice que eres digno del amor que siento y al que se ha rendido mi voluntad, en otro tiempo soberana como propia de la mujer del Califa.

—No te engañas, hermosa Radhia; caudillo soy que triunfó en guerreros combates, y poseo riquísimos tesoros que pondré á tus plantas, como prendas de inestimable cariño; mas no preguntes mi nombre que guardo en secreto para tí, hasta tanto que un nuevo sol venga á alumbrar los días placenteros de nuestra eterna ventura.

—Curiosidad despiertan tus prudentes palabras, y ya que la confianza de mi amor no puede descubrir el secreto de tu persona, respetaré el silencio que guardas, confiada en el poderoso motivo que hace callar tu lengua.

—Tal vez muy pronto llegarás á saber quién es tu amante, y entonces comprenderás con orgullo que no en vano le entregaste tu corazón.

*
* *

La noche templaba los rigores del sofocante calor del estío, en los frondosos jardines de una de las mas ricas *almunias* (1) de los pintorescos campos inmediatos á Medina-Ázzahra.

(1) Fincas de recreo.

Los labrados muros de los elegantes pabellones que constituían la habitación de aquella regia morada, dejaban entrever, aún en la oscuridad de las sombras, al través de los calados ajimeses, la espléndida riqueza de las *cobbas* (1) adornadas con primorosos mozaicos y menuda foseifesa y cubirta con preciosos artesonados de alerce incrustrados de oro y de marfil.

En una anchurosa alberca, cuyas paredes interiores, construidas con pequeños y correctos arcos, sostenidos por columnitas de jaspe, ofrecían á la vista bajo las cristalinas aguas sus caprichosos colores, y resguardada por espesa bóveda de follaje, formada por entrelazadas ramas de naranjos y limoneros unidas con verde yedra y olorosa madreselva, la hermosa Badhia, velando apenas los encantos de sus bellísimas formas con la fina seda de su ligero traje de baño, conversaba amorosamente con el gallardo moro, que rendía su voluntad abrumado con el peso de tan alagadora dicha.

Un rayo de luna, filtrando sus hilos de luz por entre las hojas de la arboleda, rielaba en la líquida superficie del estanque y acariciando de paso el rostro de la amante sultana, alumbraba con su blanca palidez aquel poético paraje.

Solo el canto apasionado del ruiseñor interrumpía de cuando en cuando la dulce plática de los enamorados, como queriendo celebrar con un himno de alabanza aquellos momentos de felicidad.

De pronto, un sordo rumor dejóse oír en el silencio

(1) Aposentos.

de la noche. Siniestros gritos de guerra, horrísono choque de armas, espantoso ruido de moles y cuerpos que se derrumban, y confusa algarabía de sonidos y voces lejanas, dejó suspensos y mudos á los tiernos amantes, en cuyos semblantes pálidos vino á aumentar la expresión de sorpresa, la roja claridad denunciadora del incendio, que apareció reflejada en el horizonte.

Pasos precipitados de alguien que se acercaba llegó á sacarlos de su sorpresa, y un moro de torba mirada y ceñudo aspecto, se presentó de improviso y dijo con voz alterada por la agitación de la carrera:

—El terror y la muerte imperan en Medina-Azzahra. Los bereberes sucumben bajo el filo de las lanzas y alfanjes de las tribus cordobesas. Acude á castigar la rebelión ó á morir con los tuyos en el combate. que no es justo que el Emir Suleiman descansa en brazos del amor, mientras sus huestes pelean en defensa de su reino.

Un relámpago de ira brilló en los ojos del soberano, que apenas pudo decir ahogado por el coraje:

—Por Allah, que ha de costar cara esa traición. Ya sabes Radhia quien soy; y por mi reino y por tí, corro á ocupar mi puesto en la batalla, en la que sabré vencer ó morir.

Y seguido del moro, desapareció entre las sombras del jardin, mientras que la enamorada Radhia, pronunciando el nombre de Suleiman, caía desmayada al fondo del estanque, de donde la sacaron sin conocimiento sus esclavas, que habían acudido presurosas al baño, atraídas por la escena que acababa de pasar.

Los soberbios alcázares, las magníficas y suntuosas moradas, los poéticos y floridos jardines y *bostanes* (1) de aquella fantástica población, que la pasión amorosa del califa Abderrahman-Aunasser, hizo surgir en el regazo del monte Alarús, como prenda de cariño para su favorita Azzahra, yacen por tierra derruidos y arrasados, adivinándose apenas en el inmenso monton de ruinas que á la vista se ofrece, el esplendor y munificencia de una ciudad que había sido poco antes asombro del universo.

Los moros de Córdoba, pagaron su odio contra los berberiscos, venciendo sus fuerzas, que quedaron deshechas tras una espantosa carnicería, y destruyendo la ciudad florida, cuyos maravillosos tesoros fueron sepultados en las sombras de la noche por el fuego y el acero de aquellos mismos que los llegaron á juntar.

El aspecto de desolación que presentan los lugares, antes tan risueños y agradables, causa angustia y dolor, y hasta los pájaros lanzan notas lastimeras, al cruzar sin detenerse por los arrasados jardines donde tuvieron su morada.

La soledad reina en aquel desdichado paraje y solo se vé en medio de los tristes escombros que lo cubren, una mujer, hermosa aún, regando con sus lágrimas los abandonados despojos de tanta grandeza. Es la bella y desgraciada Radhia, que llora sobre las ruinas de Medina-Azzahra, la eterna ausencia de su amante que no ha vuelto á ver jamás.

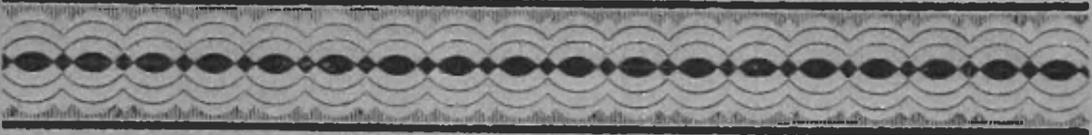
* * *

(1) Huertos.

Han transcurrido mas de ochocientos años y no queda vestigio alguno ostensible de la fastuosa mansión [de los placeres que creara el gran Abderrahman. El polvo de los siglos ha cubierto y guardado en sus entrañas los valiosos restos de aquel tesoro de arte y las implacables malezas han levantado su imperio en el histórico recinto, de que tan solo queda ya el recuerdo.

Unicamente á corta distancia de la magnífica dehesa llamada *Córdoba la Vieja*, y en la suave falda del monte, permanecen aún en pié las ruinas de la Almunia que perteneció á la hermosa Radhia, y como en perenne memoria de su malhadado amor, los que pasan por aquel sitio, admiran casi intacto el anchuroso estanque, no ocupado hoy por las cristalinas aguas, pero que luce en sus muros los bien delineados arcos y las preciosas columnillas de colores, y que es conocido tradicionalmente por *El baño de la reina mora* (1).

(1) El ilustrado escritor y director que fué del Museo provincial de Córdoba, D. Rafael Romero Barros, hoy difunto, tuvo noticias por mí del estanque aludido, y después de una excursión al sitio en que se halla, donde pudo examinarlo, así como también las antiguas ruinas que lo rodean, hizo una descripción de él, bastante detallada, que publicó hace años en el *Diario de Córdoba*. Posteriormente, el actual poseedor de la finca donde se conservaba dicho estanque, ha extraído del mismo las columnitas de mármol y los azulejos que lo adornaban, sin duda con propósitos de lucro, dejando solo los arcos y estivaciones contensivas del muro interior de aquel, que ofrece un aspecto enteramente desconocido al que motivó la descripción anteriormente citada.



LA MONJA

IV

GUARROMAN ó *Guad-al-Roman*, no obstante su denominación arábica de río, es un modesto arroyo que atraviesa por gran parte de Sierra Morena y viene á desembocar en el Guadalquivir. siguiendo su curso por medio de la llanura, entre los términos municipales de Córdoba y Almodóvar del Río.

Sus aguas tranquilas y transparentes de ordinario, dulces y frescas como todas las de la sierra, han apagado en mas de una ocasión la sed de la tórtola y de la abutarda, y han mojado la piel del corzo y del jabalí, moradores de sus pintorescas vertientes.

El suave murmullo que dejan oír al deslizarse serenas por las profundas cañadas donde han ido formando su lecho, parece como un canto melancólico, cuyas tiernas notas repercuten los montes que las circundan:

mas cuando el huracán se desencadena y las cataratas del cielo se desbordan y ruje la tempestad con todo el poderío de su indómita fiereza, entonces el pacífico arroyo se trueca en impetuoso torrente que impone y aterra, levantando un dique inabordable y que ofrece seguro peligro para el desgraciado á quien la mala suerte obligó á arrostrar la lucha con la enfurecida naturaleza.

El arroyo de Guad-roman es conocido por todos los cazadores de la capital de Córdoba. La caza mayor y menor ha establecido siempre su residencia en los terrenos inmediatos y su cauce demarca los linderos de abundantes cotos que son codiciados por los discípulos de San Humberto, así como sus contornos caprichosamente accidentados por elevados cerros y verdes colinas, promueven en el ánimo del que los llega á contemplar, la admiración mas entusiasta que producir puede la agreste belleza.

Uno de los sitios mas pintorescos á la par que mas imponente de dichos contornos, lo es, sin duda, el que señala la línea divisoria entre las magníficas posesiones nombradas *La Bastida* y *La Cigarra alta*. Allí el cauce del arroyo forma un pequeño recodo costeano la base de tres cerros que sobresalen aparentemente aislados y presentan, mirados desde abajo, el aspecto de un triángulo. Dos de dichos cerros se hallan situados en la margen derecha y hace muchos años estaban poblados de monte: el uno conocido por «El Mirador», nombre debido á su altura, proporcionaba seguro abrigo á los lobos y jabalíes que venian á refugiarse entre

las jaras y madroñeras que formaban espeso breñal por el lado de la umbría, y el otro llamado «Los Verdiales», sin duda por el color que ofrecían á la vista las retamas y lentiscos de que estaba poblado, fué mas de una vez puerto de salvación para el tímido corzo, acosado por activas y reiteradas persecuciones. El tercero, que se eleva solo sobre el lado izquierdo del arroyo, presenta la forma de un cono algo irregular y se halla completamente desprovisto de monte y de toda otra vejetación, apareciendo en aquel lugar como una gran masa de tierra y roca caliza, que contrasta junto á los anteriores de una manera notable. El nombre de éste, despierta singularmente la atención del que lo oye y nó puede explicarse su analogía: se llama el *Cerro de la Monja*.

Tal denominación, tiene, sin embargo, su origen, ignorado por la generalidad, y son muy contados los que conocen el desgraciado suceso en que se funda.

He aquí la historia:

*
* * *

Era una noche de Otoño. Espesas nubes entoldaban el cielo velando la luz de las estrellas y estendiendo hasta cubrir el horizonte un oscuro manto de triste negrura. El sordo rumor de truenos lejanos y los relámpagos que de cuando en cuando iluminaban por varios puntos el seno de las nubes, anunciaban una de esas tempestades que tan imponentes son en Sierra Morena. Fuertes ráfagas de aire que se sucedían con frecuente intermitencia, doblaban hasta tocar el suelo las ramas

de los arbustos y ponían en movimiento las débiles hojas de las plantas que cubrían el monte, llevando á la sierra los ecos del toque de ánimas, lanzado por las campanas de las torres de la capital.

A esa hora y en noche tan lóbrega y triste, ningún ser viviente turbaba con su presencia la soledad de los campos: los hombres habían buscado abrigo en el hogar de los caseríos ó de las chozas; el ganado yacía inmóvil dentro de los corrales ó rediles, y hasta los perros, vigilantes centinelas de las propiedades, se hallaban mudos y perezosamente tendidos junto al umbral de las viviendas de sus amos.

Todos presentían el peligro de la tormenta, y todos trataban instintivamente de evitarlo. Sin embargo habia alguien que lo arrostraba; un hombre que, lejos de intimidarse, parecía como que se alegraba de la tempestad, según la tranquila arrogancia con que cabalgaba al paso sobre un magnífico caballo, cuyas férreas herraduras producían chispas al chocar con las piedras de la calzada que se extiende en áspera pendiente, á corta distancia del grupo de naranjales que se denomina «Valle hermoso», siguiendo el antiguo camino de la villa de Trassierra.

Tan intrépido caminante continuaba impávido su marcha ascendente por la cuesta, no obstante que cada vez eran más intensos los relámpagos y la violencia del aire mayor á medida que iba dominando la altura.

De pronto, una ráfaga de viento más fuerte, le azotó el rostro, bajando el emboso que lo cubría, y seguidamente empezaron á caer gruesas gotas de agua mezcla

das con algunos granizos, preludio de la lluvia torrencial con que amenazaban las nubes.

El ginete obligó entonces á su caballo, que salió al trote.

—¡Por Dios, dijo, que esto es más de lo que conviene, y si no llego á tiempo y antes de que arrecie la lluvia, vá á ser imposible el que logre mi propósito esta noche!

Y apretando más á la cabalgadura, concluyó de subir el resto de la cuesta, atravesó una senda recta y llana y torciendo á la derecha, entró por un carril que le condujo á un caserío, cuyos muros podían verse blanquear al través de un bosque de pinos, con la viva luz de los relámpagos.

El mayor silencio reinaba en torno de aquella morada. El caballero se detuvo á alguna distancia, echó pié á tierra y dando un pequeño rodeo, llegó á un claro del monte que se extendía hasta el edificio por la parte opuesta á la entrada principal, y dejando oír un suave y prolongado silvido, sacó una linterna sorda de que iba provisto y trazó con ella una cruz á la altura de su cabeza. Acto continuo se iluminó por un momento una de las ventanas de la casa, tornando después á la obscuridad más profunda, y transcurrido un corto intervalo se abrió sin hacer ruido una pequeña puerta, y una forma blanca apareció en el umbral.

Entonces se aproximó el caballero; su silueta confundióse un instante con la de la forma que acababa de aparecer; volvió con ella en sus brazos hasta el sitio donde había dejado el caballo y depositándola sobre la

silla, montó á la grupa y partió al galope alejándose de aquel lugar, no sin haber dirigido antes en torno una mirada de desconfianza, cerciorándose de que ninguna alarma había producido su acción.

*
* * *

Don Luis de Medina era el único representante que había quedado de una de las familias mas principales de Córdoba. Huérfano á la edad de treinta años, había heredado de su padre el cargo de Caballero Veinticuatro de la ciudad, y tanto por su riqueza, que empleaba en gran parte en obras benéficas, cuanto por su extremada distinción y excepcionales dotes personales, se había captado las simpatías y el aprecio de todos, y amigos y extraños tenían para él las consideraciones que reclamaba su valía, realizada por las cualidades propias que lo adornaban.

Don Luis, no obstante su juventud, su gallardía y su posición, había permanecido ageno á toda intriga amorosa y no se hallaba mujer alguna de clase alta ó baja, que pudiera alabarse de haberle interesado un solo momento. La prematura gravedad que ostentaba y que regía en todos los actos de su vida, le alejaba por completo de estas y otras distracciones á que los hombres mozos suelen entregarse cuando disponen de los necesarios elementos para disfrutarlas.

También existía otro motivo que justificaba hasta cierto punto ese retraimiento impropio de la edad y de las circunstancias de Don Luis. Según se aseguraba por sus amigos, con referencia á lo que él mismo les había

manifestado en varias ocasiones, se hallaba inclinado á abrazar la vida monástica y hasta mediaba cierta solemne promesa hecha al pié de los altares, cuyo cumplimiento habría oportunamente de efectuarse un día no lejano.

Solo una afición se le conocía al de Medina; la afición á la caza, y era tal, que todas las semanas verificaba dos ó tres expediciones cinegéticas, solo y á pié la mayor parte de las veces, llevando en todas un magnífico perro de muestra. Ese ejercicio, no obstante la fatigosa molestia que casi siempre lo acompañaba, constituía para él un placer verdadero que procuraba satisfacer, sin que fuesen obstáculo para conseguirlo, los rigores de la estación ni la inclemencia del tiempo. Por las mañanas durante el verano y por las tardes en otoño é invierno, salía á recorrer los alrededores de la población, alejándose á veces una ó dos leguas y nunca volvía sin traer por lo menos un par de liebres, pieza que era objeto preferente de su persecución.

Un día salió como de costumbre dirigiéndose por las faldas de la sierra hacia las laderas de San Jerónimo, propiedad de los frailes, con ánimo de almorzar en el convento al terminar la cacería, como ya otras veces lo había hecho. Al llegar al monte, levantó el perro un bando de perdices, y Don Luis que se propuso, matar algunas, después de observar hácia donde habían volado, marchó en su persecución apartándose del camino para seguir en línea recta por la escarpada pendiente, llegando, sin haber podido hallar su rastro, á las tierras de «El Rosal», finca perteneciente á un patronato administrado por la Iglesia.

La mañana era calurosa y el sol quemaba como en uno de los días serenos del mes de Agosto. viniendo á aumentar la fatiga que experimentaba el cazador, la ruda marcha ascensional que había efectuado por sitios casi impracticables. Todo contribuía á hacerle sentir la necesidad de algún descanso, así como la de apagar la sed que le abrazaba, y con el objeto de conseguir ambas cosas, encaminó sus pasos á una fuente, cuyo pilar destinado para abrevadero, había sido construido en el terreno y á no larga distancia del caserío de la posesión en que se hallaba.

Pero una sorpresa le aguardaba allí; un incidente de esos que al presentarse en la vida como obra de la casualidad, contribuye muchas veces á que se opere un cambio completo en la manera de ser del individuo á quien se ofrecen, borrando en un instante las huellas del pasado y abriendo la senda á un nuevo porvenir hasta entonces desconocido.

Una jóven como diez y ocho años, de una belleza ideal, se hallaba sentada al borde de la fuente y mostrando su brazo desnudo y blanco como el copo de la nieve, con sus dedos rosados y diminutos, lanzaba gotas de agua á su propia imagen, reflejada en el líquido espejo, mientras que una muchacha de diez á doce años, con el tipo propio de las campesinas, sostenía un pequeño cántaro sobre el muro del pilar.

Don Luis quedó absorto ante tan inesperada aparición, y, á su vez, las mejillas de la jóven se tiñeron con el color encendido de las rosas al encontrarse en presencia de un desconocido, sin otro testigo que la

muchacha acompañante. Ambos se miraron y una fuerza de atracción irresistible les hizo aproximarse; mas no atreviéndose á pronunciar ni una palabra, se saludaron con una inclinación de cabeza y ella se alejó con la niña y él la vió desaparecer en la espesura del monte, siguiéndola con la vista hasta que se extinguieron en las sombras del ramaje los reflejos del sol sobre su desnuda cabeza, que hacían aparecer su blonda cabellera como un casco de oro bruñado.

Pensativo quedó el de Medina y sumido en hondas reflexiones, sin acordarse de su visita al convento, y así permaneció hasta la tarde, en que su estómago, desfallecido ya por la falta de alimento, le obligó á volver á la ciudad, firmemente resuelto á buscar ocasión de hablar con la joven y hacerle ofrecimiento de su nombre, si á ello no se oponían obstáculos de conveniencias.

Acrecentada su inclinación amorosa, adquirió el carácter de una pasión, transcurridos algunos días sin haber logrado una entrevista, no obstante ir todas las mañanas á la fuente, donde permanecía muchas horas con la esperanza de ver cumplidos sus deseos. Así pasó cerca de un mes, hasta que una tarde, cuando se disponía ya á abandonar aquellos lugares, vió venir el objeto de sus amores, aguardado por tanto tiempo. Esta vez no dejó escapar la ocasión: las palabras más cariñosas brotaron de sus labios y supieron expresar toda la ternura que guardaba su pecho, experimentando inmensa alegría al conocer que era correspondido: pero al mismo tiempo supo por su amante que un obstáculo insuperable se oponía desde luego á su felicidad.

Doña María, que así manifestó llamarse la joven, le dijo que era huérfana de padres y heredera de cuantiosos bienes; que no tenía más pariente que un tío canónigo en Córdoba, el cual la había hecho venir de Antequera, donde residía, con el objeto de hacerla religiosa, teniéndola allí, en «El Rosal», alejada de todo trato, hasta tanto que se dispusiera su entrada en el convento.

Por éstos antecedentes comprendió Don Luis que sería inútil cualquiera tentativa de petición matrimonial al canónigo, en razón á que mediaban intereses, á los que no renunciaría tan fácilmente; así es, que determinó efectuar el casamiento sin contar con aquél, y mientras ésto llegaba á suceder, ocultar con el mayor secreto las relaciones, á fin de que no pudieran estorbarlas.

De conformidad ambos amantes, acordaron verse todos los días y á distintas horas, para no ser sorprendidos, en el mismo sitio en que se hallaban, debiendo cada cual por su parte preparar las cosas de manera que en un momento dado y cuando las circunstancias obligasen, les fuera fácil llevar á cabo la realización de su matrimonio.

Por virtud de tal convenio, continuó Don Luis sus escursiones diarias á la fuente de «El Rosal», donde, al lado de su adorada María, pasaba las horas más felices de su existencia. Así transcurrieron dos meses y llegó el de Noviembre, en el cual había de cumplirse el proyecto del tío de la joven con la entrada de ésta en clausura.

Apercibido Don Luis, dispuso lo conveniente para verificar su casamiento en la capilla de una magnífica posesión, nombrada de «Los Idolos», que poseía en la sierra, en el término de Almodóvar, y la noche anterior al día señalado para el traslado de su amante á Córdoba, fué por ella al «Rosal», á deshora, y hulleron á caballo, arrostrando el peligro de la tempestad.

*
* *

La lluvia caía á torrentes y los truenos se sucedían sin interrupción de una manera aterradora, repercutidos por las concavidades de la sierra: el huracán desencadenado rugía imponente, arrancando los árboles y haciendo rodar los pedazos de roca desde la cima de las montañas á lo hondo de los precipicios: la obscuridad era profunda y sólo la vivísima luz de los relámpagos que brillaba á cada instante con siniestro fulgor, mostraba el camino á los fugitivos amantes, que en la imposibilidad de encontrar un seguro refugio, seguían adelante, con la esperanza de llegar pronto al término de su jornada.

El caballo que los conducía sólo podía marchar al paso por aquellas sendas impracticables en circunstancias tan difíciles, y poseído de instintivo temor ante un espectáculo que hacía estremecer los sentidos, parábase á cada instante, rehusando continuar el camino en las condiciones desastrosas en que se le obligaba.

De éste modo, poco habían conseguido adelantar y apenas se hallaban alejados media legua del punto de partida los atrevidos jóvenes, habiendo llegado á un

extenso raso que se prolongaba á bastante elevación y donde se hacía más terrible el ruido de la tempestad, por la resonancia de los ecos que se producían en los profundos barrancos y cañadas que cortaban por aquél lado la cordillera.

Doña María, estrechamente abrazada á su amante, temblaba de terror y de frío y en vano buscaba en tan íntima unión el valor que su espíritu reclamaba y el calor necesario para enjugar las ropas, que ambos tenían empapadas por la lluvia.

—Tengo miedo, Luis mío, decía; me muero de miedo aunque voy á tu lado y mis brazos rodean tu cuello y siento latir junto á mi pecho tu corazón. Dime si aún queda mucho que andar para que lleguemos, porque yo creo que no he de poder soportar por más tiempo tanta fatiga.

—Tranquilízate, amada mía, no te desesperes ni hagas que vacile mi ánimo ante un peligro como el que ésta noche se nos ofrece. Ya estamos cerca de Guadromán y en consiguiendo pasar ese arroyo, que mi caballo ha sabido ya vadear en circunstancias tan críticas como las presentes, yo te prometo que no tardaremos en entrar en mis tierras, donde el camino es seguro y la felicidad nos aguarda.

—Dios lo quiera, Luis, aunque me parece que hemos cometido una gran falta y Dios nos abandona y nos castiga por ello. El temor me oprime y la angustia me ahoga como si me amenazara una desgracia: tal vez si nos volviésemos á «El Rosal» y me dejases allí antes de que se aperciesen de mi ausencia, Dios se apiada-

ría de nosotros y ya encontraríamos medios de vencer los obstáculos que se oponen á nuestra dicha.

—Calla, María, calla y no insistas en una pretensión que mi amor rechaza, cuando ya he logrado unirme á tí para siempre. Antes que alumbre el sol el nuevo día serás mi esposa: todo está dispuesto para que así sea y no habrá poder sobre la tierra que llegue á conseguir el evitarlo.

Así dijo Don Luis, y espoleó su caballo, que apresuró su marcha, entrando por una senda angosta que conducía en descenso al travez de un viejo encinar.

La cuesta, suave al principio, se tornaba más pendiente á medida que iban avanzando y la vereda, que seguía formando marcadas curvas, se presentaba convertida en escabroso cauce, por el que corrían las aguas recogidas de las vertientes inmediatas.

Muy pronto se dejó oír un ruido singular como el que produce una catarata, ruido que aumentaba cada vez más y que era ocasionado por la impetuosa corriente del arroyo.

La tormenta, lejos de ceder, parecía como que redoblaba su furor y los desdichados amantes, sobrecojidos de terror pánico, seguían adelante, sumidos en una especie de atonía como el que, sintiendo agotadas sus fuerzas por una lucha imposible, se rinde por completo al poder imperioso de la suerte.

Ya estaban inmediatos á Guad-román; ya podían ver, si no lo impidiera la obscuridad de que se hallaban rodeados, la revuelta precipitación de sus aguas que se arrastraban en caudaloso torrente: ya el caballo que los

conducía, con ese instinto peculiar que no es dado al hombre, buscaba el paso menos peligroso, dirigiéndose hacia el punto que conocía era más vadeable, cuando un vivísimo relámpago, seguido inmediatamente de un trueno espantoso, rasgó las nubes é hizo conmover la sierra, y caballo y ginetes rodaron por el suelo, quedando en completa inmovilidad.

Transcurrió un corto intervalo y Doña María abrió los ojos y se encontró al lado de Don Luis y de su caballo, que no daban señales de vida. El golpe recibido por ella al caer sobre la tierra fangosa del camino, no había lastimado su cuerpo; levantóse, pues, y trató de incorporar á su amante, pero sus esfuerzos materiales, así como las palabras más cariñosas que pronunciaron sus labios, fueron inútiles para reanimar á su desgraciado compañero. De pronto, una idea terrible cruzó por su pensamiento y loca de terror se lanzó al monte pidiendo socorro.

Las malezas desgarraban sus vestidos azotando su rostro y ningún horizonte se descubría ante su vista en la cañada profunda en que se hallaba, que pudiera ofrecerle la esperanza de que alguien oyese su voz y acudiese en su auxilio.

Trató de salir de aquella hondura y volver á subir la cuesta del camino; pero á pocos pasos de intentarlo se encontró en la base de un cerro desnudo de monte y ascendió por él sin cuidarse de la penosa fatiga de tan ruda pendiente, hasta llegar, no sin grande trabajo, á una elevada y angosta meseta, desde donde gritó nuevamente con todas las fuerzas de su aliento, dejando

apenas oír su voz los sordos rumores de Guad-román que se desbordaba á sus piés y el imponente ruido del trueno, del huracán y de la lluvia.

La jóven dirigió en torno una mirada de desesperación; mas pudo distinguir á no larga distancia, una luz que brillaba á intervalos en medio de la obscuridad. Entonces, por un movimiento instintivo echó á andar hácia aquél punto, gritando á la vez de una manera desgarradora: pero apenas dió los primeros pasos, un relámpago deslumbrador cegó sus ojos, su pié se adelantó en el vacío, perdió el equilibrio y cayó rodando por la escarpada ladera hasta el arroyo, cuyas aguas, arrebatando su cuerpo en revuelto torbellino, lo impulsaron por la corriente, perdiéndose á poco entre el embravecido oleaje.

*
* *

La tarde estaba serena y solo de vez en cuando un ligero soplo de brisa movía suavemente las hojas de los árboles; el sol descendía hácia el horizonte que no empañaba nube alguna y sus postrimeros rayos iban abandonando las laderas para detenerse en las cumbres de las montañas; el arroyo de Guad-román se deslizaba dejando oír su blando murmullo que acompañaban con sus cantos las perdices desde los collados inmediatos, y la naturaleza toda, mostrábase tranquila en ese estado de normalidad, que sucede después de cualquier conmosión extraordinaria.

A la puerta de una choza de cabreros, situada en un pequeño raso, hácia la parte más elevada de la vertien-

te que forma la umbria del cerro «Los Verdiales», se hallaban conversando tres hombres. Dos de ellos, sentados sobre trozos de raices, parecían ser por su aspecto, los ganaderos encargados de cuidar del redil, que se veía á pocos pasos de distancia: el otro, de pie, con la mano izquierda apoyada sobre el cuello de un caballo ensillado, mientras que con la derecha sujetaba el extremo de la brida, se reconocía desde luego como guarda de alguna de aquellas posesiones, si se atendía á la ancha bandolera que cruzaba su pecho. en cuyo centro brillaba el escudo de metal.

—Pero, vamos á ver, tío Miguel, decía el de más edad de los cabreros dirigiéndose al guarda; ¿no ha podido usted averiguar nada sobre el motivo que tuvo el amo de la huerta de «Los Idolos», para ponerse en camino á la hora y en una noche como la pasada?

—Eso ninguno lo sabe, porque Don Luis era un señor muy callado y nunca decía á nadie su intención. Ello es que la desgracia ha sucedido y que cuando esta mañana, después de pasar la tormenta, salí de la choza de los carboneros que está junto á la Calera, donde me había refugiado, y me dirigí hácia Córdoba, no podía pensar que á poco de pasar Guad-román, subiendo por la vereda de los «Contrabandistas», iba á encontrarme con el muerto, que lo mismo que su caballo, se hallaban en medio de la senda, sin que se mostrase en ellos ninguna señal de sangre ni de herida.

—Es muy extraño eso que usted dice, de no verles heridas, y me dá que revinar... murmuró el más joven de los cabreros.

—Efectivamente es extraño, replicó el guarda; si bien los médicos que vieron el cadáver, porque yo di aviso y fué conducido á Córdoba y no me separé hasta enterarme de cómo había sucedido aquello, los médicos, digo, hicieron presente que la muerte la había causado un rayo.

—Un rayo! dijo el mayor de los cabreros; no estoy conforme, tío Miguel, porque los rayos destrozan y el señor Luis y su caballo, según usted mismo vió, estaban muertos como si nadie los hubiese tocado.

—Pues lo que es yo, añadió el más joven, estoy convencido de que no ha sido el rayo el que ha ocasionado la muerte.

—¿Pues quién crees tú que ha sido entonces? preguntó el tío Miguel.

—Que quién? pues... la monja.

—¡La monja! exclamaron á un tiempo su compañero y el guarda.

—Sí, señores, la monja. Yo no he querido decir nada de lo que ví anoche, porque éstas cosas es mejor callarlas, que no sabe uno lo que le puede sobrevenir; pero ya que ha salido la conversación y que ha habido una muerte, es preciso que se conozca la verdad.

—Habla, Juanillo, cuéntanos lo que sepas sobre el particular; dijeron sus dos interlocutores.

—Pues ello es, que anoche, cuando más récia era la tormenta, estaba sentado á la candela en el hogar de la choza y me pareció oír entre el ruido de los truenos y de la lluvia, como unos gritos raros de persona, que me llamaron la atención y me hicieron tener miedo porque

la voz era de mujer y yo bien sabía que ni en estos contornos hay mujer alguna ni tampoco las de los caseríos inmediatos habrían de haber salido en noche como esa. Los gritos volvieron á repetirse de una manera más clara, y lleno de curiosidad por saber lo que pudiera ser aquello, me asomé con mucha precaución á la puerta de la choza y dirigí la vista hácia donde había sonado la voz. Nada pude distinguir en la profunda obscuridad que reinaba: oí gritar de nuevo y de pronto, á la luz de un relámpago, se me apareció una monja blanca, en lo alto de la meseta de *cerró pelao*. Yo me quedé sorprendido, pero enseguida, á otro relámpago, ví á la monja en el aire con los brazos abiertos como si tratase de venir hácia mí para cojerme, y entonces me entré en la choza y cerré la puerta, no habiendo podido apenas dormir pensando á cada instante en ese fantasma que no puede ser sino cosa del otro mundo.

—Oye, Juanillo, dijo el tio Miguel; ahora que cuentas eso y que tú lo viste, también digo yo que lo he visto, aunque no creía que fuera sino algo que se me había antojado así; pero ya estoy seguro de que fué la monja lo que vieron mis ojos á la luz de un relámpago, en una de las veces que asomé la cabeza para observar si la tormenta tardaría mucho en trasponer.

—¿Y fué también en el mismo sitio donde usted la vió? preguntó el otro cabrero.

—En el mismo que ha dicho Juanillo.

—Pues eso no anuncia nada bueno, y ya voy creyendo yo que el fantasma mató á Don Luis y á su caballo, y por eso no les dejó señal de su muerte.

—Yo también lo creo así, por más que quieran aparentar otra cosa, dijo el tío Miguel.

—Pues lo que es yo me lo he figurado desde el principio y hago propósito de no pasar á deshora ni aun á una legua de distancia de *cerro pelao*.

—Tienes razón, hombre, lo mejor es evitar lo que se pueda: pero la noche se viene encima y tengo todavía mucho que andar hasta llegar á mi casa. Conque hasta la vista, y que Dios quiera librarnos de todo mal. Y diciendo así, montó á caballo y echó á andar hácia lo alto del monte.

—¡Vaya usted con Dios, tío Miguel! dijeron los cabreros.

El uno desapareció trasponiendo la cumbre y los otros entraron en la choza.

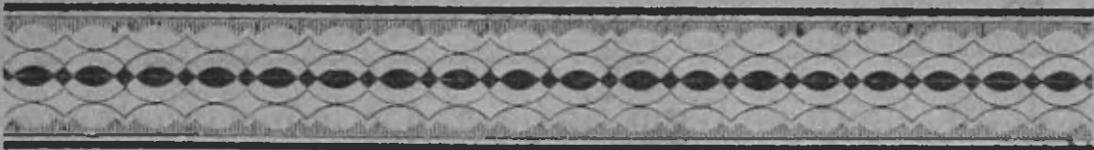
* * *

Don Luis de Medina, muerto por un rayo, según el dictámen facultativo, fué enterrado con toda la pompa que exigía su posición social y su riqueza, y aunque se habló mucho en Córdoba acerca de las circunstancias en que se encontró su cadáver, nadie pudo sospechar el motivo que le obligó á arrostrar un peligro como el que le ocasionó la muerte, y todos sintieron su pérdida, que produjo un verdadero duelo en la población.

Respecto á Doña María, no llegó á saberse la causa de su desaparición y su tío, el canónigo, no pudo averiguarla á pesar de las gestiones que hizo para ello, alentado por su interés particular. Sin duda, el cadáver de la jóven, arrastrado por las aguas del arroyo,

fué lanzado al Guadalquivir, donde, impulsado á su vez por la corriente, sería trasportado á larga distancia y donde fuera imposible adquirir noticia de su rastro.

En cuanto á las dos personas que la vieron á la luz de los relámpagos en esa funesta noche, puede asegurarse que el miedo les hizo exagerar y desfigurar de tal modo el suceso, que relatado de unos á otros, vino á constituir un hecho sobrenatural, que dió origen á que el lugar de la desgracia se nombrase en adelante el cerro de «La Monja».



EL ALMA DE DOÑA BLANCA

V

DEIDADES de los campos, genios tutelares de las agrestes montañas de Sierra Morena, Driadas y Faunos que morais los espesos bosques de pinos y de seculares encinas, ayudad mi memoria para que pueda recordar la historia de los desgraciados amores de Doña Blanca.

De Doña Blanca, la bella niña en cuyos ojos se retrataba el cielo, á quien las rosas de los prados enviaban el suave color de sus mejillas, y el sol robaba, para formar sus rayos, las doradas hebras de su blonda cabellera.

De Doña Blanca, la noble hija del poderoso gobernador de Córdoba, y la tierna amante de Alhamar, el

gallardo moro de régio linaje, al que había sabido conquistar con su amor para la Fé de Jesucristo.

* * *

Era el año de 1243 y hacía siete que el rey Don Fernando III había arrancado del poder agareno la que fué un día capital del imperio musulmico en España. Córdoba había visto ondear en su célebre mezquita el pendón castellano y sus conquistadores habian sido recompensados por el santo rey con vastos territorios, en los que edificaron magníficos caseríos, convirtiéndolos en ricas posesiones de labranza ó aprovechamiento.

Nombrado gobernador político de Córdoba Don Alfonso Tellez de Meneses, fué dueño en la sierra de una extensa comarca que se designó con el nombre de «Los Llanos», por ser de las menos escrabosas, y en ella solía pasar algunas temporadas dedicado á la caza, de la que era gran aficionado, acompañándole su hija Doña Blanca, único fruto que de su matrimonio le había dejado su difunta esposa.

Doña Blanca, joven de diez y siete años, bella hasta el idealismo, amaba y se había hecho amar de un moro, pero de un moro que, convertido por ella, tornóse cristiano, y sólo esperaba ocasión oportuna para recibir el bautismo, así como ciertas mercedes ofrecidas por el rey y adecuadas á su noble condición.

Ben-Alhamar no deseaba otra cosa que ver realizadas sus aspiraciones logrando la posesión de su amada por medio de la unión conyugal. Entre tanto, ambos

enamorados guardaban el mayor secreto de sus planes, sabiendo que Don Alfonso no había de transijir hasta que no fuese un hecho la pública adjuración del islamismo por parte del amante, el cual habíase establecido en Córdoba, donde comunicaba con el objeto de su amor, por medio de un esclavo que había conseguido ganar y únicamente disfrutaba de recatadas entrevistas, durante las largas permanencias de la familia en la hacienda de «Los Llanos».

* * *

El sonido de las trompas se oía repetido por cien ecos en las profundas cañadas de la sierra, y sus múltiples notas confundíanse con los carpidos de los perros y las voces de los cazadores. La montería era una de las mejor organizadas por el gobernador, y á la que concurrían los principales caballeros que formaban su corte en la ciudad.

El jabalí, rendido por su larga carrera, se dirijía á lo más espeso del monte, cortando con sus retorcidos colmillos las jaras que se oponían á su paso. Sediento y jadeante, buscaba el arroyo cuyas aguas habían de mitigar su fatiga, en tanto que, perseguido y cercado cada vez más estrechamente por perros y monteadores, apenas si podía con la astúcia encontrar aún medios para salvarse.

El toque del *halalí* no tardó en oirse en la inmediata umbría: los ginetes se encaminaron al galope de sus caballos al sitio donde estaba ya entregada la fiera. y Don Alfonso iba con tan alegre comitiva, acompañado de su fiel escudero Beltrán.

—Por mi patrón Santiago, buena pieza vamos á cobrar: dentro de algunos minutos se hallará en nuestro poder; decía el gobernador, espoleando su caballo.

—Así es la verdad, señor, contestó el escudero; mas otra mejor pieza pudiéramos descubrir ahora, puesto que estamos en el terreno.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Acaso hay otro jabalí mayor en los contornos?

—Quiero decir, que en vez de continuar esta carrera, que al fin y al cabo el resultado no ha de ser otro que el de apoderarnos de la res, deberíamos desviarnos un poco de la ruta que seguimos, ya que nadie nos observa, y quizá no diérais, señor, por perdido el asunto.

—¿Acabarás de explicarte ó quieres tentarme la paciencia con tus enigmas? Si tal deseas, te prevengo que no sufro dilaciones y sabré obligarte á que te expreses con claridad.

—No es ahora cuestión de oír, sino de ver, porque estamos en condiciones de ello: todo lo que yo decir pudiera, habeis de comprenderlo solo con mirar lo que habré de designaros, si me seguís al raso de la encina grande. Puede que dentro de algunos minutos, cuando esteis ya convencido por los hechos, admitais las explicaciones que antes no me atrevo á manifestar por razones que podreis apreciar á su tiempo.

—Persistes en mantener el enigma; pero como no has de tardar en decifrarlo según prometes, consiento en seguirte, abandonando el placer de esta jornada: mas ¡ay de tí, si no cumples lo ofrecido! Ahora, marchemos.

Caballero y escudero, abandonando la cacería, siguieron por una vereda que se internaba en un espeso jaral, dirigiéndose en sentido contrario al punto donde se hallaba el vencido jabalí.

Caminaron así poco trecho y llegaron al límite del monte, presentándose ante su vista un extenso raso, á cuyo frente, en el lado opuesto, levantaba sus brazos una robusta encina, única que en aquellos contornos se apreciaba.

Ambos ginetes dejaron los caballos por indicación de Beltrán y continuaron é pié, costeando la linde del raso y ocultándose entre las jaras, hasta aproximarse al árbol secular, cuyas espesas ramas descendían, llegando á tocar el suelo, proyectando en torno una obscura sombra.

De pronto el escudero se detuvo; apartó con cuidado los arbustos, y haciendo seña á su señor, le dijo muy quedo:

—Ved, pero conteneos, por Dios, y estad seguro de que podreis vengaros, pues que contais conmigo.

Don Alfonso miró y un movimiento de cólera, que no pudo reprimir, iba á denunciar su presencia; mas Beltrán lo contuvo á tiempo, y arrancándolo casi á viva fuerza de aquel lugar, consiguió desviarlo á larga distancia.

*
* * *

—¿Has visto, Beltrán, has visto? exclamaba Don Alfonso, dominado por un sentimiento de furor. Mi hija, mi único amor en la tierra, en brazos de un infiel,

de un enemigo de Dios, de los que he venido combatiendo durante toda mi existencia y deseo exterminar... Si no lo hubiera mirado con mis propios ojos, ¿quién sería capaz de convencerme de semejante suceso? Y es cierto; mi hija ama á un miserable moro, y aun tal vez su honor... más no, eso es imposible, la sangre que corre por sus venas no puede haberse hecho tan vil. Pero yo los he dejado juntos, sin embargo, y me lamento aquí y no corro á poner término á tanta perfidia. Vamos, Beltrán, la pieza está allí en nuestro poder; toquemos el *halalí* y enviémosle la muerte con mi venablo.

—Calmaos, señor, que esa pieza está segura, como seguro está el honor de Doña Blanca. No conviene en este momento ejecutar un acto que sería inmediatamente conocido y pondría tal vez en lenguas vuestra honra. Yo, desde hace tiempo he estado vigilando todos los días á los amantes y he aguardado ocasión propicia para que pudiérais verlos, porque si no, como habeis dicho, no habría poder suficiente para convenceros. Ahora, oidme, señor, y si aprobais mi plan, mañana no cubrirán á los enamorados las hojas de la encina grande.

—Díces bien y en tí confío; propon lo que te parezca y cuenta con mi aprobación, siempre que sea para remedio de mi desdicha.

Beltrán habló con su amo durante algunos minutos y fué escuchado con manifiestas señales de perfecto acuerdo. Después ambos montaron á caballo y en tanto que el escudero partió á escape hácia la senda que conducía á la ciudad, Don Alfonso, tomando la línea recta

y atravesando el monte, se dirigió al sitio donde debía hallarse reunida la montería con motivo de la rendición del jabalí.

* * *

Ha pasado la noche y el sol del siguiente día ha recorrido la mitad de su jornada. Señores y monteros se hallan reunidos en el estenso comedor de la hacienda, donde después de un succulento almuerzo, refiérense los lances ocurridos durante la cacería de la tarde anterior. Allí está Don Alfonso Tellez recibiendo los plácemes de los convidados, y su hija Doña Blanca cumpliendo con los honores que le impone su carácter de huésped, cuando se anuncia la llegada del escudero Beltrán.

La mas viva ansiedad se refleja momentáneamente en el semblante del gobernador, pero reponiéndose al punto, dice con voz tranquila y alegre aspecto:

—Que entre, que entre enseguida mi fiel servidor: ya que asuntos urgentes le impidieron ayer disfrutar del éxito de la cacería, participe hoy, al menos, de nuestro triunfo y goce como uno de tantos, con motivo del feliz resultado que pudimos obtener. Señores, continuó dirigiéndose á los comensales: brindemos por el que acaba de llegar y á quien debemos en parte la fiesta que celebramos, puesto que él me ayudó á descubrir la pista de la res, cuyos despojos han contribuido á saciar vuestro apetito.

Don Alfonso llenó su copa y todos le imitaron poniéndose de pié, al mismo tiempo que Beltrán apareció en el dintel de la puerta.

—Gracias por el recuerdo, señor, dijo; mas antes de corresponder á la honra con que me favoreceis, debo daros cuenta de la misión que os servísteis confiarme.

—Pues si la discreción no lo impide, puedes explicarte como gustes; de otra suerte, hablaremos un momento reservadamente en mi despacho.

—Nada de particular ocurre respecto al orden político en el gobierno de la ciudad; ninguna novedad importante reclama allí en este momento vuestra presencia: mas como asunto particular que no merece interés, puedo daros una noticia referente á un suceso que debió ocurrir anoche y que parece envuelto en el mayor misterio.

—¿Y qué es ello? Habla y cuéntanos lo que ha pasado, ya que despiertas nuestra curiosidad.

—Se trata de una muerte realizada sin dejar rastro alguno que descubra al autor, y en vano han sido las pesquisas é indagatorias hechas por la justicia con tal objeto. Esta mañana al despuntar el día, ha aparecido el cadáver de un hombre con el cuerpo atravesado por un venablo, á la entrada de la ciudad, junto á la puerta de Colodro.

—¿Y quién es el muerto, no se ha podido saber tampoco? preguntó Don Alfonso, con cierta inquietud.

—Si señor, contestó el escudero, dirigiendo al gobernador una mirada significativa: según las averiguaciones practicadas, el cadáver resulta ser el de un moro procedente de Granada que hacía tiempo residía en Córdoba, llamado Ben-Alhamar.

Al pronunciar este nombre, un grito resonó en la

estancia y Dona Blanca cayó desmayada en brazos de su padre, que prevenido por los efectos que pudiera producir la noticia del escudero, había procurado colocarse junto á su hija, mientras aquel refería el suceso.

No es nada, no es nada, dijo Don Alfonso á sus comensales; las mujeres son muy sensibles y no pueden oír con indiferencia ciertas relaciones. Esto le pasará enseguida; voy á disponer que la trasladen á su alcoba y continuaremos el interrumpido banquete.

Pero los caballeros y monteros, impresionados con motivo del accidente de la doncella, aunque sin atribuirlo á otra cosa que á un exceso de sensibilidad, se escusaron de seguir la fiesta y fueron desfilando en retirada, mientras que Beltrán decía á su señor por lo bajo:

—Hemos debido ser mas prudentes; mas puesto que lo habeis querido, el golpe está ya dado y ahora es seguro que los amantes no han de reunirse jamás.

* * *

Apenas ha trascurrido un mes de la muerte del moro Ben-Alhamar, y tristísimo acontecimiento sume en el mayor dolor á Don Alfonso Tellez y llena de luto á cuantos residen en la posesión de «Los Llanos».

Doña Blanca, la bella hija del gobernador político de Córdoba, había muerto al pié de la encina grande, y su cadáver, conducido al caserío de la hacienda, yacía depositado en una de las habitaciones del piso bajo, ínterin se disponía su traslación á la capital.

Desde que la infeliz sufrió el desmayo al saber de

improviso la muerte de su prometido, perdió por completo la razón y desconociendo á su padre y á todos los que la rodeaban, solo una idea parecía tener fijeza en su mente: la de acudir á la cita concertada con su amante en el raso de la encina.

Allí se dirigía todas las tardes sin impedimento alguno que la estorbase, pues aparte de que ningun peligro podía amenazarla en parage tan solitario, tanto su padre como Beltrán el escudero, harto affigidos con el estado de la joven, cuya enfermedad habían provocado, no trataban de contrariar el deseo que la conducía en medio de su locura al sitio donde sembró, en días para ella venturosos, la esperanza de su felicidad.

Cuando llegaba la hora de la cita y el sol comenzaba á descender hácia el horizonte, se dirigía Doña Blanca á la encina, permaneciendo inmóvil bajo el espeso dosel de su ramaje como una estatua sepulcral, hasta que el crepúsculo desplegabá sobre los montes su velo sombrío, y entonces tornaba otra vez á su habitación para hacer lo mismo al día siguiente, guardando entre tanto un mutismo absoluto.

La falta de alimento, al que se negaba, y la constante vigilia, habiánla reducido á un estado de demacración y decaimiento que hacía inevitable su funesto fin.

Una tarde se encaminó como de costumbre al parage favorito: mas trascurrió el crepúsculo, cerró la noche, pasó mucho tiempo y Doña Blanca no volvió al caserío. Alarmadas sus doncellas por esa tardanza, acudieron á Don Alfonso, que salió inmediatamente en su busca, hallándola muerta al pié de la encina.

El cuerpo de la joven fué conducido á Córdoba y se le dió sepultura después de un suntuoso funeral.

Mas tarde, empezó á murmurarse con el mayor misterio entre algunas personas, sobre los infortunados amores de la hija del gobernador, y se relacionó su muerte con la acaecida antes al moro Ben-Alhamar. Tal vez el confidente esclavo divulgó el secreto de las entrevistas; ello fué, que vino á descubrirse la historia de los amantes, que hubo gente supersticiosa que aseguró la condenación eterna de Doña Blanca por haberse entregado á un infiel, y que no faltó campesino que jurase haber visto el alma en pena de la desgraciada doncella al pasar por el raso de la encina grande.

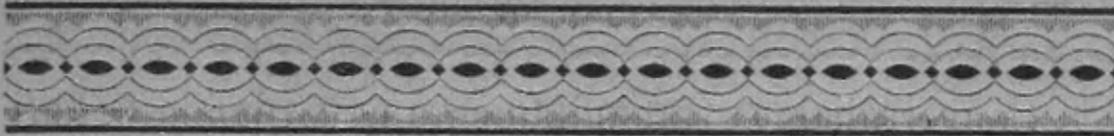
* * *

Trascurrieron los siglos, cambiaron las costumbres, la paz modificó el espíritu guerrero y los soldados se hicieron agricultores. Sierra Morena ofreció sus terrenos incultos al labrador y al ganadero y comenzaron los desmontes, y variaron de aspecto los cerros y las cordilleras, y aumentaron en riqueza las fincas y se construyeron nuevos caseríos. Todo se encuentra modificado, los sitios y los nombres: solo se conserva el de la posesión que fué de Don Alfonso, conocida hoy por «Los Llanos del Conde», así como también se conserva, aunque entre contadas personas, la tradición de los amores de Doña Blanca.

Ya no existe la encina, y el raso donde se hallaba ha venido á confundirse con los desmontes; mas el sitio está allí, y algunas veces cuando á la caída de la tarde

el cazador espera la salida de las liebres, ó el ganadero hace parada en aque'las inmediaciones, suelen ver vaporesos girones de niebla que se unen y confunden, adquiriendo caprichosas formas de mujer cubierta de flotante túnica y que se elevan después á medida que avanza la noche, hasta perderse por completo en la oscuridad de las sombras.

Entonces, el ignorante, se retira temblando por el miedo, ante una visión que la hora y la soledad hacen mas impresionable; pero el que conoce la historia de aquellos amores, recuerda las citas y piensa en el alma de Doña Blanca, que tal vez desde la otra vida continúa viniendo al lugar designado para esperar, si no el cuerpo, el espíritu de su querido Ben-Alhamar.



EL TESORO DE FRIGDARIO

VI

Mí afición á la caza, me condujo en cierta ocasión á la dehesa nombrada «La Bastida», á unos veinte kilómetros de Córdoba, en las cumbres de Sierra Morena.

En dicha finca no hay otro albergue que un caserón ó mas bien choza grande, construida de tapial y techumbre de cañizo, y allí me hallaba una noche de Febrero, en la que la lluvia caia sin cesar y el viento silvaba haciendo crugir el ramaje de los pinos y de las encinas.

Sentados en torno del hogar, en el que ardía una buena lumbre, estábamos el criado que me acompañaba, el ganadero que residía en aquella habitación y dos aragoneses de la colonia que vá todos los años á utilizar el carbón, los cuales habían buscado refugio, por haberles sorprendido la lluvia lejos de sus viviendas.

Conversábamos tranquilamente aguardando la hora de acostarnos, cuando sentimos pasos de caballerías que se acercaban y á poco llamaron á la puerta, presentándose dos hombres que conducían un mulo pequeño y un burro, cargados con varios bultos de diferentes tamaños y entre ellos algunas herramientas de minería y rollos de cuerda de distintos gruesos y dimensiones.

Pidieron permiso para permanecer hasta el día siguiente por no tener otro sitio donde guarecerse del temporal, y después de descargar las bestias y acomodarlas en un cobertizo adjunto que servía de cuadra, se vinieron con nosotros sentándose junto á la candela.

A la luz de la llama pude distinguir sus fisonomías, que me parecieron francas y mas distinguidas de lo que correspondía á la apariencia de sus trajes de gente campesina. Ambos eran altos de estatura, enjutos de carnes, pero fuertes y vigorosos, el uno de bastante mas edad, revelando por la semejanza de sus facciones, ser padre é hijo.

Me picaba la curiosidad por saber el objeto que les traía á tales horas y en noche como aquella, por un sitio tan apartado de todo camino directo y no pude por menos de hacerles algunas preguntas á las que no contestaron por el pronto, pero al ver mi insistencia y después de haberles brindado con unos vasos de vino, me dijo el mas viejo:

—No me estraña, caballero, el deseo que usted demuestra por saber á lo que venimos á estos terrenos; y como después de todo, la clave del asunto que nos guía solo existe en nuestro poder, por mas que debiera ser

hasta cierto punto secreto, no tengo inconveniente en que lo sepa, confiando en que no tratará de impedir que unas personas que no tienen otros medios de subsistencia que el producto de sus descubrimientos, se ganen la vida como puedan, á costa de los trabajos y las fatigas, que como usted vé, se suelen sufrir arrojando las inclemencias de un temporal cómo el de esta noche.

—No trato, le contesté, de aprovecharme de su confianza para perjudicarles en lo mas mínimo: la curiosidad solo, ha hecho que les pregunte, y por lo demás, lejos de ser un obstáculo, si puedo ayudarles en algo, desde luego me ofrezco á ello con toda franqueza.

—Nosotros le damos á usted las gracias por su buena intención, de la que no dudamos, y como prueba de que es así, empezaré manifestándole que somos naturales de la sierra de Granada, y dedicados hace tiempo al descubrimiento de tesoros, ó mejor dicho, de objetos y alhajas antiguas que no dejan de tener algún valor y que yacen escondidas é ignoradas en muchos lugares. que conseguimos conocer por virtud de ciertas señas escritas en papeles y pergaminos que han llegado á nuestro poder.

—Me admira mucho lo que me cuenta, le repliqué, y vengo á deducir, que ustedes han venido sin duda á descubrir uno de esos tesoros de que habla, tal vez en estas inmediaciones.

—Y no se equivoca usted, me dijo; pero lo principal es, el que tengamos facilidad de encontrar lo que buscamos, porque muchas veces sucede que nuestros tra-

bajos son infructuosos, apesar de la exactitud de los datos que poseemos, por obstáculos materiales que se nos presentan y que no podemos vencer.

—¿Y está muy lejos de aquí, insistí yo, el sitio donde esperan ustedes hallar lo que buscan?

—Está en la mesa del Cabrahigo, junto al mismo árbol, que no hay otro por estos terrenos. Al principio de la ladera que descende por la umbría, hay un altar de piedra con dos gradas y en la parte que figura como retablo hay señalada una cruz y debajo de la cruz está el tesoro.

—Pues lo que es por esta vez se han equivocado ustedes, dijo el ganadero al oír esto; yo que hace muchos años vivo aquí y conozco como esta habitación la mesa del Cabrahigo, sé de sobra que allí no hay altar alguno ni señales de que haya existido nunca.

—Tampoco he visto altar en ese sitio, y precisamente estuve en él ayer tarde, en un *puesto* que hice á pocos pasos del árbol, sirviéndome el mismo de *colgadero*: confirmé yo, completamente convencido de que así era la verdad.

—Apesar de todo cuanto ustedes manifiestan, aseguró el forastero, tengo la evidencia de que es como he relatado, puesto que el manuscrito que poseo así lo expresa y ninguno de los que me han servido de guía en casos semejantes, me ha engañado jamás.

—¿Y puede usted enseñarme ese manuscrito, en el que tiene tanta confianza, á ver si es digno del crédito que le atribuye?

—Si señor, lo va usted á ver, puesto que ya en todo quiero hacer una excepción en su favor.

Y diciendo así, sacó una cartera grande de cuero, que contenía varios papeles en los que se hallaba marcada la acción del tiempo, y escogiendo uno, lo puso en mi mano con una especie de satisfacción. Yo fijé en él los ojos y desde luego pude conocer que realmente era un documento antiquísimo escrito minuciosamente con caracteres góticos que no traté de descifrar y solo puse mi atención en el dibujo toscamente hecho á pluma, que al final se veía, y que representaba algo parecido á un altar como el que antes había descrito, con un letrero al pié, inteligible y claro, que decía: «Debajo de la cruz está el tesoro».

Aunque nada me convenció el mostrado documento, no quise perseverar exponiendo mis dudas por no disgustar al que en él cifraba su esperanza; así es, que lo devolví sin haber tratado de leer lo que contenía, aparentando un convencimiento que estaba muy lejos de experimentar.

No se habló mas del asunto y no tardamos en acostarnos, acomodándose cada cual como pudo en aquel incómodo recinto, haciéndonos olvidar pronto el sueño las molestias sufridas en una instalación tan detestable.

A la mañana siguiente cuando desperté, eran mas de las nueve y el sol había roto las nubes que entoldaban el cielo, bañando con sus rayos todo el paisaje.

Los hombres del tesoro se habían marchado, según nos dijo el ganadero, una hora antes de rayar el día; los aragoneses acababan de irse también, quedando solo con mi criado y nuestro huésped.

Como no pensaba salir á cazar hasta la tarde, dis-

puse que prepararan el almuerzo: mas cuando iba á empezar á comer, llegó el guarda de la finca y después de saludarme, me dijo con la mayor sorpresa:

—Acabo de obligar á salir del terreno á dos hombres con unas caballerías, que trataban de buscar un tesoro en la mesa del Cabrahigo: pero lo mas asombroso del caso, es que han desmontado como unas veinte varas por la parte de la umbría y han descubierto como un altar de piedra con una cruz, que estaba sin duda tapado con el monte, y del cual no tenía noticia alguna, apesar de ser guarda ha mas de quinze años; ni mi padre tampoco la tuvo, pues nada le oí decir de que tal cosa existiera, no obstante de haber estado por estos sitios dedicado á la guardería durante toda su vida.

—Ya me lo dijeron anoche esos hombres, que durmieron aquí á causa de la lluvia, contesté; pero no quise dar crédito á sus palabras y ahora conozco que no se engañaban.

—Pues lo que es el tesoro, si lo hay, yo cuidaré de que no se lo lleven, continuó el guarda, porque voy á estar en asecho y como vuelvan doy aviso á la guardia civil para que los conduzcan presos á Córdoba.

—Bueno, pero mientras tanto, manifesté yo, como soy curioso, deseo ver lo que han descubierto. Almorcemos, y usted con nosotros, insinué, dirigiéndome al guarda, y después iremos al sitio para ver la novedad.

Así lo hicimos y cuando terminamos la comida y tomamos el café, encendimos un cigarro y nos pusimos en marcha el guarda, mi criado y yo, dirigiéndonos á la mesa del Cabrahigo.

Atravesamos el raso que rodea el caserón y entramos en una senda que vá en declive hasta pasar un pequeño arroyo: luego volvimos á ascender siguiendo una curva, dejando á la izquierda «Barranco hondo» y continuando por una calzada, conseguimos dominar una colina, desde donde mostróse á nuestra vista el lugar á donde íbamos. No se divisaba otra cosa que el árbol, junto al cual nos pareció distinguir unas caballerías que bien pronto conocimos ser las de los hombres, los que hubieron de vernos á su vez y de conocer al guarda, porque en el mismo instante emprendieron precipitadamente la huida y muy pronto desaparecieron entre el monte.

Cuando llegamos al sitio algunos minutos después, quedé profundamente sorprendido al hallar confirmadas las noticias que ya me habían dado relativas al descubrimiento. El altar estaba allí y aunque el trabajo de su forma nada debe al arte, es, sin embargo, digno de admiración (1).

Un gran peñasco enclavado en la vertiente de la umbría á poca distancia del cabrahigo, ha sido cortado vertical y horizontalmente, formando los dos planos un ángulo recto: en el plano horizontal tiene dos gradas y en el vertical, á la altura de un metro, una cruz casi cuadrada con las extremidades redondas, presentando sus líneas una media caña hundida en la piedra como

(1) Desgraciadamente han muerto ya dos de las personas que por aquellos días me acompañaron á ver el altar descrito, y que es probable indique alguna mina romana, por los trozos de calzada que se ven próximos. El guarda Juan Muñoz, vive aun, y puede atestiguar acerca de la existencia del monumento, así como pueden verlo cuantos se tomen la molestia de ir al sitio designado.

unos cinco centímetros, por otros tantos de anchura, y á los lados de dicha cruz dos círculos de seis á siete centímetros de diámetro, que semejan á primera vista dos grandes agujeros.

Al contemplar de cerca tan curioso monumento, la idea del tesoro cruzó por mi mente y me indujo á practicar algunas exploraciones. Reconocí perfectamente toda la piedra sin hallar rastro alguno que me indicase haber nada oculto.

Aquella tosca é interesante obra estaba ejecutada sobre una sola pieza, sin presentar indicios de haber experimentado otras modificaciones que las descritas. Seguí, pues, la investigación en otro sentido y hallé que por la parte opuesta del peñasco había una especie de ántro, cuya entrada obstruida por un espeso zarzal, se había hecho practicable, merced á la rozadura de una parte de la planta, quedando una abertura capaz de dar paso al cuerpo de un hombre. Yo penetré por ella y me encontré en una cueva de mediana extensión, cuyo suelo arenisco ofrecía señales de haber sido recientemente removido. Al pronto nada pude distinguir por la profunda oscuridad que reinaba en aquel parage; mas habiendo encendido un cabo de vela que por casualidad llevaba, descubrí en el centro de la cueva un hoyo de forma rectangular, muy marcada en la parte mas profunda, acusando indicios de haberlo ocupado algun cofre ó caja, que debía tener poco mas de una vara de longitud por media de latitud, la cual habrían extraído los hombres y con ella tal vez el tesoro que buscaban.

Esto me contrarió sobremanera, y ya iba á salir y

á abandonar aquel sitio, cuando ví un papel en el suelo y hallé que era el manuscrito que me mostraron la noche antes con el dibujo del altar.

En dicho manuscrito, que por rarísima circunstancia hube de perder mas tarde, estaba consignada toda la historia relativa al origen del tesoro, la cual voy á referir de la manera que la recuerda mi memoria.

*
* *

Corría el año 712 y el anterior se había hundido en el Guadalete al empuje de Tarif la monarquía visigoda, merced á la más infame traición que engendrar pudo la venganza.

Las huestes africanas no encontraron impedimento alguno á su paso, y bien pronto fueron invadiendo la península y el estandarte de la media luna hondeó en los muros de Córdoba, rendida á las armas del caudillo Mugüez el Rumí.

Muchos de los principales caballeros godos abandonaron la ciudad á la entrada de los agarenos, llevándose consigo cuantas riquezas pudieron reunir en los primeros momentos, dirigiéndose por los caminos más ocultos á otras capitales del interior, á donde suponían no habrían de llegar los enemigos.

Entre dichos caballeros, fué uno de los que más pronto salieron de Córdoba, Frigdario, descendiente de noble linaje y poseedor de cuantiosos bienes de fortuna. Este no aguardó la llegada de los africanos, sino que antes, cuando tuvo noticias de su aproximación, reunió cuanto dinero y alhajas pudo y partió con su familia y

varios esclavos, internándose en Sierra Morena con intención de poner un dique á la causa de sus zozobras, con las fragosas asperezas de las montañas.

Tan precipitada fuga no obedeció al deseo de poner á salvo una buena parte de las riquezas que disfrutaba, tanto como al temor de perder la joya de más estimación y que constituía toda su avaricia, cual lo era su esposa Egalina, joven de veinte años, de portentosa hermosura, á la que no quería ver expuesta á los ultrajes de los conquistadores.

Frigdario era muy celoso, y éralo tanto más, cuanto que su edad pasaba ya de los cincuenta, y bien conocía él que tenía perdidos los atractivos que suelen seducir á las mujeres hasta el punto de enamoramiento. Se había casado á impulsos de una vehemente pasión hácia Egalina y sin reparar que pertenecía á una familia pobre y humilde. Ella aceptó el matrimonio que le ofrecía una posición brillante, fingiendo para su esposo un amor que solo sentía indefinidamente hácia el hombre que representaba el tipo ideal que se había forjado y que no había llegado á constituir una realidad.

Así vivieron algunos años, él cada día más rendido á los encantos de su esposa, ella esperando ocasión de disfrutar á su vez los goces de una pasión que iba aumentando á medida que transcurría el tiempo sin resultado favorable para sus deseos.

En este estado y á consecuencia de la derrota del Guadalete, llegó á Córdoba un pariente de Frigdario, llamado Tulga, que había peleado en aquella triste

jornada y que en vista de su desastroso fin, hubo de abandonar á Cádiz donde residía y buscar un refugio al lado de la única persona de su familia con que contaba.

Tulga era un joven de treinta años y venía revestido de la aureola que dá al guerrero el acto del combate, cuyo éxito, bueno ó malo, en nada rebaja el valor personal cuando se refiere á una verdadera batalla; así es, que contando con la predisposición de Egalina, no tardó esta en enamorarse del mozo y él de conocerlo, sintiéndose también atraído por tanta belleza, llegando ambos á ponerse de acuerdo y á gozar, con las debidas precauciones, todas las dichas apetecidas en su amorosa pasión.

De este modo transcurrió un mes, sin que el ofendido esposo cayese en sospecha, cuando se tuvo noticia de la llegada de los moros y se determinó Frigdario á huir de la ciudad.

* * *

Ascendían con trabajo por las ásperas vertientes de la sierra y la angosta vereda que habría camino al travez de las malezas, apenas era suficiente para dar paso á la fugitiva caravana. Delante iba Claudio, el esclavo favorito encargado de conducir y custodiar el cofre que encerraba las riquezas; luego seguía Egalina acompañada de su esposo y de Tulga y después la servidumbre, si bien escasa, escojida y dispuesta en su mayor parte, en caso necesario, para la defensa.

Ya habia recorrido el sol más de la mitad de su carrera, cuando consiguieron dominar las primeras

cumbres y hacer la marcha menos penosa. Las profundísimas cañadas y barrancos que rodeaban la cordillera que seguían, les inspiraba cierta confianza y con los ánimos más tranquilos comenzaron á buscar sitio donde pasar la noche. Exploraron los montes inmediatos sin encontrar albergue y hallaron una calzada y siguieron por ella, llegando á la loma del Cabrahigo. Allí descubrieron el altar y la entrada, practicable entonces, por detrás del peñasco, conociendo ser sin duda alguna antiquísima mina abandonada y obstruida por los hundimientos, que demarcarían sus católicos explotadores con la señal de la cruz labrada en la piedra y los dos agujeros ú ojos, uno á cada lado, como para indicar que todo trabajo resulta estéril, si no se fija la vista en el signo de redención, poniéndose bajo su amparo

Penetraron en la caverna Egalina, Frigidario y Tulgá y en ella se depositó el cofre del tesoro, siempre custodiado por Claudio. Los demás esclavos acomodáronse como pudieron entre las breñas del monte y así esperaron todos el venidero día, embargados por el sueño, que hizo ser más profundo el natural cansancio.

A la mañana siguiente Frigidario llamó aparte á su esclavo favorito y le dijo:

—Tengo en tí completa confianza y voy á revelarte mi intención para que me ayudes á llevarla á cabo. He pensado en los inconvenientes que ofrece llevar consigo el cofre que guarda la riqueza que poseo, no solo por la molestia que proporciona su peso para la marcha por sitios tan escabrosos, sino por la exposi-

ción que hay de perderlo, si somos perseguidos y llegamos á caer en manos de nuestros enemigos. Para evitar esto, es preciso ocultar la mayor parte del dinero y de las alhajas en una caja que vas á construir enseguida, la cual enterraremos dentro de la cueva, sin que ninguno se aperciba, y seguiremos llevando el cofre, que ya no pesará, no despertando de ese modo sospechas de que aquí quede nada enterrado.

—Señor, contestó Claudio, yo haré la caja que desees, pero es difícil que pueda ocultarse el tesoro sin que se enteren de ello tu mujer y tu pariente.

—Por eso no tengas cuidado, que buscaremos ocasión de hacerlo. Yo he resuelto permanecer aquí unos días hasta tanto que tenga noticias de la determinación de los invasores, para poder fijar entonces el rumbo que debo seguir. Este lugar me parece seguro y además pondremos atalayas en los montes cercanos á fin de no ser víctimas de ninguna sorpresa; por lo tanto, no faltará oportunidad de enterrar el tesoro.

—Siendo así, yo construiré la caja y la tendré escondida hasta que tú dispongas.

* * *

La loma del Cabrahigo estaba convertida en un pequeño campamento. Habíanse levantado chozas con puros y ramaje y tambien cobertizos para las caballerías y para resguardar de la intemperie los efectos que constituían el equipaje. La mayor parte de las riquezas habían sido trasladadas á la caja hecha por Claudio y enterradas á la entrada de la mina, precisamente debajo

del altar; más no de una manera tan sigilosa que pasase desapercibida para Tulga, el cual, sin darse por advertido y disimulando, pensó en los medios de realizar un proyecto que ya había concebido por fuerza de la pasión amorosa que le arrastraba hacia la mujer de su pariente.

Ninguna sospecha de la traición conyugal había llegado á perturbar aún el espíritu de Frigdario, que, distraído constantemente con la adopción de reiteradas medidas de seguridad que contrarrestasen sus temores, apenas si fijaba su atención en las conversaciones é intimidades de Tulga con su esposa.

Así pasó una semana y era esperado con ansiedad un emisario que había ido á Córdoba con objeto de adquirir noticias del movimiento invasor, á fin de resolver la dirección que debía seguirse y dar las disposiciones convenientes para continuar la marcha; pero antes de que el emisario volviera, un día se notó que Tulga había desaparecido.

Sin duda debió abandonar el campamento de noche cuando todos dormían, porque ninguno lo vió al despertar por la mañana. Frigdario ordenó su busca, temiendo se hubiese extraviado por aquellas aspercezas; pero las pesquisas que se hicieron en tal sentido, resultaron inútiles y transcurrió aquel día y el siguiente, y no se halló rastro alguno que indicase su huella.

* * *

Comenzaban á disiparse las tinieblas de la segunda noche pasada desde la ausencia de Tulga. Todavía

reinaba bastante obscuridad en la espesura del monte, pero los primeros tintes de la aurora dibujaban ya en el horizonte una delgada faja blanquecina.

El silencio del sueño no se había interrumpido aún en el pequeño campamento y Frigdario dormía tranquilo al lado de su esposa. De pronto despertó al sentir que lo cojían por el brazo dándole una fuerte sacudida, y vió á su esclavo Claudio que le dijo con agitada precipitación:

—Señor, no hay tiempo que perder; huyamos pronto. Un numeroso grupo de moros nos tiene casi cercados y avanza de una manera cautelosa, sin duda para sorprendernos.

—¿Pero es cierto? ¿Y cómo escapar, cómo mover ahora nuestra gente para tan precipitada fuga? ¿Y el tesoro? balbuceó Frigdario, presa de la mayor ansiedad.

—El tesoro ninguno sabe donde se oculta y está seguro: no es preciso que nadie se mueva, huiremos nosotros y con eso cuando lleguen, mientras te buscan aquí, darán tiempo para que te pongas en salvo: conque vamos, aprovechemos los pocos momentos que quedan de obscuridad para que nos oculte á los ojos de nuestros perseguidores.

—Pues hien, vamos, pero aguarda un instante; voy á despertar á mi esposa para que nos acompañe, porque sin ella no doy un solo paso.

—Sea como quieras, pero no tardes: te espero por bajo del peñasco que cubre la caverna, para que huyamos por la umbría, resguardados por sus altos y espesos matorrales.

Apenas se alejó el esclavo, Frigdario interrumpió el sueño de su mujer, que abrió los ojos y no pudo reprimir su disgusto al sentirse molestada por su esposo.

—Egalina, le dijo este; es preciso que nos pongamos en marcha y nos alejemos inmediatamente de aquí. Nuestros enemigos avanzan hácia este lugar y están ya tan cerca que no se puede perder ni un instante.

—¿Qué quieres? contestó ella con la mayor tranquilidad, ¿marchar tan precipitadamente á estas horas, tal vez por alguna falsa alarma nacida del miedo de tus centinelas?

—No, esposa mía; son los moros que llegan, los ha visto Claudio y ese no se engaña: es imposible permanecer aquí ni un momento, ó de lo contrario caeremos todos en su poder.

—¿Conque es verdad? ¿Están tan cerca los africanos? Siendo así, huye si tienes temor. Yo me quedo, porque lo que para tí puede ser la esclavitud, para mí es la libertad y la vida y ya era tiempo de que esto sucediese.

—¿Qué quieres decir? preguntó Frigdario lleno de estupor, porque un relámpago de celos había cruzado por su mente al ver la actitud de su esposa y oír las palabras que acababa de pronunciar.

—Que voy á salir de tu poder y á sacudir esa servidumbre que encadena mis más ardientes deseos y los sentimientos más apasionados de mi corazón. Sí, ya es ocasión de que sepas la verdad: soy la amante de Turga y no quiero sino á él y solo vivo para su amor. El ha guiado á los moros á este sitio y les ha vendido tus

riquezas para rescatarme de tí. Dentro de poco estaré en sus brazos libertada; conque huye, si aún tienes tiempo para salvarte.

Un agudo dolor, como si le clavasen un puñal en el pecho, sintió el ofendido esposo al escuchar á Egalina: luego su cerebro latió con fuerza, experimentando un desvanecimiento que estuvo á punto de hacerle caer; pero pronto una oleada de ira contrajo sus nervios, la sangre corrió más precipitadamente por sus venas, y ahogado por la indignación y los celos, rugió en el parosismo del furor:

—No, no gozarás lo que esperas; yo te perderé, pero como yo te perderá tu amante y todos los hombres. Ahora, mujer infame, recibe el pago de tu ingratitude y de tu falsía.

Y así diciendo, echó mano á la daga y se la clavó hasta la empuñadura, atravesándole el corazón.

Egalina cayó de espaldas sin dar un grito, y Frigidario se alejó de aquel cuerpo tan hermoso, ya cadáver, sin volver la cabeza. Llegó donde Claudio lo aguardaba y ambos huyeron por medio de la espesura, perdiéndose á poco de vista, á tiempo que Tulga, seguido de los moros, invadía de improviso el descuidado campamento.

*
* *

Frigidario salvó las escabrosidades de Sierra Morena, no sin penosas dificultades, y atravesó la España, siempre acompañado de Claudio. La muerte de Egalina y con ella la pérdida de cuanto había ambicionado en

la tierra; abatió de tal modo su ánimo, que apenas se cuidaba de satisfacer las necesidades más apremiantes exigidas por la naturaleza. Todas las funciones físicas eran realizadas en él de una manera automática é indiferente y aniquilándose de día en día, llegó uno en que exhausto completamente de fuerzas, quedó postrado sin poder continuar su camino.

Su propósito de pasar á Francia lo había llevado hasta las primeras vertientes de los montes Pirenaicos; mas siéndole imposible seguir más adelante, llamó á Claudio, ya más que esclavo, amigo y confidente, y le dijo:

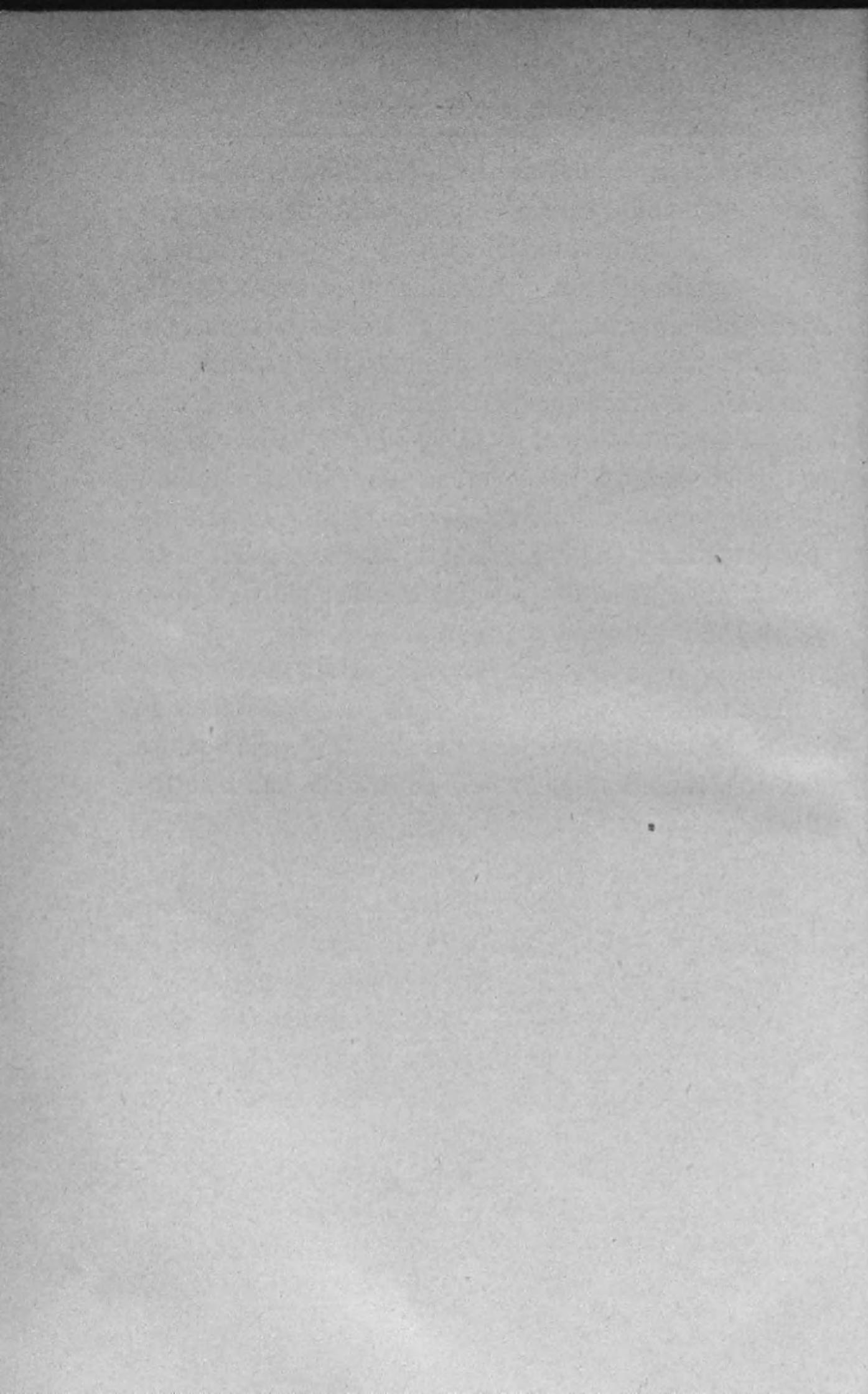
—Conozco que ha llegado mi hora y no he de pasar de aquí. No te aflijas; en mi estado vale más morir que arrastrar una existencia llena de sufrimientos. Yo ansío dejar esta vida para hallar el descanso que de otra suerte no puedo encontrar. Lo que exijo de tí como último favor que espero, es que escribas una relación detallada de todos los sucesos que me han acontecido desde que abandonamos á Córdoba, y hagas un plano del altar y la caverna en donde ha quedado enterrado el tesoro, para que si algún día nuestro pueblo llega á vencer á los africanos y á reconstituir la dinastía de nuestros reyes, puedas presentarte ante el monarca, á quien darás conocimiento de todo, el cual puede hacer tuyas las riquezas ocultas y tener en cuenta la traición de Tulga, para imponerle, si vive, el merecido castigo.

Claudio cumplió exactamente el encargo de escribir los referidos hechos y de hacer el dibujo correspondiente, y despues de muerto su señor, pasó á Francia,

donde tambien acabó sus días al cabo de algunos años, sin haber podido realizar los deseos de aquel, á causa de la fuerza de los acontecimientos.

Del manuscrito original hubieron de sacarse posteriormente algunas copias, porque una de estas fué, sin duda, la que mostraron los hombres que fueron á «La Bastida», la noche que queda mencionada.

Respecto al tesoro, no ha podido ser hallado, á pesar de las escabaciones y reconocimientos practicados, no solo por los mismos que descubrieron el lugar, sino por otros muchos, y únicamente han conseguido abrir paso á una galería de grandísima extensión, á cuyo fin no se han aventurado á llegar. Lo probable es que los moros se llevasen esas riquezas, puesto que ya por Tulga tendrían noticias del sitio donde estaban: lo cierto es, que hasta ahora todas las diligencias que se han efectuado con objeto de encontrarlas, han resultado inútiles. •



ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
EL MENTIDERO.	5
EL SALTO DEL FRAILE.. . . .	13
EL BAÑO DE LA REINA MORA.	23
LA MONJA.. . . .	29
EL ALMA DE DOÑA BLANCA.	49
EL TESORO DE FRIGDARIO.	61